

DE LA MISMA SANGRE
HAN NEFKENS

Traducción: Belén Gala Valencia

Para Felipe

«Nada es como fue sino como se recuerda»

Ramón del Valle-Inclán (1866-1936)

I

El vestíbulo del hospital me hace pensar en una piscina cubierta. Una piscina de esas en las que se recrea el ambiente de vacaciones con palmeras, plantas tropicales, mesas de plástico y sombrillas naranja. Sentados debajo de una de esas sombrillas unos pacientes en bata se están fumando un cigarrillo. Algo más allá, con los brazos cruzados en el regazo, un señor gordo chino espera una visita, un buda en pijama. Una mujer con una bata floreada empuja el gotero con ruedas como si se tratara del carrito de la compra. Bajo la atenta mirada de sus hijos, una madre turca abre el bolso y en el paño que cuidadosamente ha extendido en el banco deposita una torta de pan, quesos e higos. Una señora que lleva unos zapatos anatómicos y una cazadora roja de ciclista sujeta bajo el brazo, a modo de porra, unos claveles firmemente envueltos.

Al final del pasillo hay un reloj ridículamente grande, como si no nos estuviera permitido olvidar ni por un solo instante qué hora es. Las diez y media indican las enormes manecillas. Camino hacia el ascensor y me doy cuenta de que mi ritmo decrece. Lo mejor sería dejar que se fuera, así tendría un minuto más. Pero cuando la mujer con la cazadora de ciclista me ve, mete con rapidez el ramo de claveles entre las puertas a punto de cerrarse y de nuevo se abren deslizándose como en la moviola. Me sonrío. No me queda más remedio que subir.

En la cuarta planta siempre me pierdo. ¿Derecha o izquierda? En ambos lados el pasillo presenta el mismo aspecto: baldosas grises en el suelo, grandes azulejos relucientes en la pared y las puertas, unas tiras blancas con ojos de buey. Me dirijo hacia la izquierda, a continuación giro a la derecha y finalmente veo el letrero: K.315 Vincent Brautichem. Para darle una nota simpática, encima de la “i” hay pintado un circulito.

Tomo aire y abro la puerta. Allí, en la cama de acero junto a la ventana está mi hermano. Las paredes, de un amarillo sucio, mitigan la luz de fuera. Una bolsa de plástico para la orina a medio llenar cuelga a un lado de la cama de Vincent, como el lastre que impide a un globo ascender. El aire es seco y cálido, la habitación huele a lejía.

—Hola, Vincent. Ya estoy aquí.

No responde, su mirada se dirige fijamente a la luz de la máquina donde está enganchado el gota a gota. Me siento en un taburete junto a la cama. En el rostro contraído sus ojos parecen más grandes de lo habitual, los cubre un velo gris azulado. Tiene la piel macilenta, la boca entreabierta, los labios secos, agrietados incluso. Los brazos de Vincent sobresalen flacos de un camisón de hospital demasiado grande, las manos reposan inertes en la basta colcha de algodón.

Junto a la pared hay una especie de tablero de mandos con botones, enchufes, conexiones y una luz nocturna. Por lo demás, todo está desnudo. Hay tres sillas vacías alrededor de la cama. La otra cama de la habitación está desocupada y las cortinas que la rodean están echadas. La ventana ocupa todo el ancho de la habitación y tiene cristal doble. Fuera se cierne una niebla pesada; la ciudad se ha escondido. A duras penas se ve la torre de la facultad de medicina, tan próxima. Aquí y allá, a lo lejos, flotan unas ventanitas dispersas.

—Vincent —y otra vez más alto—, ¡Vincent!

Una gota de sudor me recorre la frente hasta que la detienen las cejas. La camisa se me pega a la espalda. El gotero ronca como un gato ronroneante. Se oye el repiqueteo de unos zuecos en el pasillo. Alguien da voces. Se cierra una puerta. Arriba, en alguna parte, arrastran una silla. A lo lejos, con sordina, suena un programa de Radio 3. Unas ruedas de goma chirrían por las baldosas, se acerca un carrito. ¿Serán las medicinas de Vin?

Oigo ruido de bandejas que se deslizan, de tazas y vasos que tintinean, de cubiertos que entrechocan con platos. Una enfermera anuncia con voz chillona que una deliciosa comida está esperando a Vincent. Con su amplio trasero empuja la puerta e irrumpe de espaldas en la habitación. Deja la bandeja en una mesa auxiliar junto a la cama de Vincent y levanta la reluciente tapadera para mostrarnos la sorpresa del día: una salchicha chorreante de grasa, un poco de puré de patata con un hoyito lleno de jugo y escarola. A Vincent no le gusta la escarola.

Con un gesto de la cabeza me pregunta si Vincent necesita ayuda para comer. Después de aclararle que yo me encargo, recorre la habitación con una mirada de curiosidad y sale canturreando. El carrito rechina de nuevo al alejarse. Cojo del plato un poco de puré y le acerco la cuchara a la boca, que se mantiene cerrada. ¿Es que no entiende que debe comer algo para conservar las pocas fuerzas que todavía le quedan? Empujo la cuchara contra su boca, intento abrir una camino entre sus labios, pero Vincent tiene los dientes apretados. El jugo le escurre por la comisura de la boca prieta, cae perezoso sobre la sábana blanca y deja en ella una mancha de grasa.

Dejo la cuchara en la bandeja. Vincent observa. Mañana vuelvo de nuevo.

Cuando me levanto, Vincent aparta la cabeza lentamente del gotero. Incluso después de que haya cerrado la puerta de la habitación, veo delante de mí sus ojos, redondos y llenos de desconcierto.

II

Cojo el tranvía justo delante del hospital. Dejo pasar la parada de mi hotel. No es una decisión consciente, simplemente me quedo sentado hasta la última parada de la línea cuatro. Allí, en la alameda del Laan está la casa paterna, uno de los dos edificios oscuros de los años treinta que juntos, bajo sus plúmbeos tejados, espían desconfiados.

Ya entonces la casa parecía estar abandonada, como si sus habitantes hubiesen huido a causa de una catástrofe inminente. Las persianas siempre tenían que estar bajadas para proteger las alfombras y los cuadros de la luz. Me resultaba imposible echar una mirada afuera. La casa es más pequeña de lo que recordaba y la vegetación está más descuidada. En la terraza hay dos sillas de jardín oxidadas, eran nuestras.

Un día de la primavera de 1962, acababa yo de cumplir seis años, mientras estaba sentado en una de esas sillas leyendo junto a mi madre, ella dejó de repente el libro en su regazo y me preguntó si Vincent me parecía un nombre bonito. Muy bonito, pero ¿por qué quería saberlo? Porque iba a tener un hermano o una hermanita. Dos lágrimas gordas me corrieron por las mejillas: estaba contentísimo de dejar de estar solo.

Unos meses más tarde, a las siete y media de la mañana, encontré inesperadamente al médico de la familia en la cocina. Estaba calentando una cazuela de agua. Papá, que al igual que mamá sólo bajaba cuando yo ya me había ido al colegio, estaba también en la cocina. Así que mi hermano o mi hermanita iba a nacer. No entendía, sin embargo, qué tenía eso que ver con que el doctor Hoogewegen estuviera haciendo té en nuestra casa. Pero en seguida me mandaron a la misa matutina para que rezara por el nuevo bebé.

En la iglesia hacía fresco en comparación con el calor del

verano que incluso ya tan temprano se abatía sobre la ciudad. No había nadie. Era un día entre semana, pero, con todo, flotaba el olor dominical a incienso, cera y alhelies. Me mojé los dedos en el agua bendita, que estaba helada, me santigué y luego me chupé los dedos. A través de las vidrieras de colores (la huida a Egipto de María, José y el niño Jesús), la luz caía sobre el pavimento de piedra formando figuras rojas y verdes. La madera del reclinatorio me hacía daño en las rodillas desnudas; siempre tardaba un rato en acostumbrarme. Pedí a Nuestro Señor que el bebé llegara pronto y que no llorara demasiado.

Mi primer deseo se cumplió de inmediato. La vecina estaba esperándome junto a la verja de casa.

—¿Sabes que en este rato ha nacido tu hermanito? ¡Felicidades!

—Muchas gracias —contesté por educación.

Oculté la decepción de tener que enterarme por ella de la noticia y entré por detrás, a través de la cocina. Allí estaba una mujer grandota con un uniforme blanco que se le ceñía prieto en la parte superior de los brazos. La carne le colgaba fofa de las mangas como gelatina rosa. Podía acompañarla para ir a saludar a mamá.

Las cortinas de la habitación de mi madre estaban corridas. Se encontraba en la cama, tapada con las sábanas hasta la barbilla. Me asusté al ver lo pálida y cansada que estaba. Le di un beso con cuidado. Su voz no sonaba igual que otras veces cuando me dio la enhorabuena por Vincent.

Más tarde le pregunté si le había dolido mucho. Me dijo que el dolor se le había olvidado de repente en cuanto vio a su recién nacido.

A mí me parecía un milagro que un dolor tan fuerte se pudiera olvidar tan rápido.

Mi segundo deseo también fue atendido: Vincent lloraba raras veces. Lo que sí hacía era reírse, pero no por sí mismo: primero tenía que hacerle cosquillas debajo de la barbilla. Me pasaba horas haciéndoselas

hasta que mamá me decía que era suficiente. Vincent tenía que descansar y ella también.

Mamá dormía mucho. Sólo que ella no lo llamaba dormir, sino descansar. Todas las tardes, de una a cuatro, descansaba. Sin embargo, nunca conseguía descansar del todo. Del mismo modo que los esqui-males tienen cien palabras para la nieve, mi madre tenía un montón de expresiones para describir su cansancio: estoy derrengada, estoy hecha polvo, estoy baldada, no puedo con mi alma, estoy agotada, estoy reventada, estoy muerta y sobre todo: no puedo más.

Mi madre intentaba hacernos cómplices de sus ganas de dormir con el mismo recurso sutil con el que los alcohólicos animan a beber a la gente de su entorno. No había cosa que mejor nos sentara a Vincent o a mí sino que nos enviaran a la cama, a los dos. Un día en la cama era el remedio para todos los males.

Una tarde, Vincent y yo estuvimos construyendo una torre de piezas rojas, verdes y amarillas en el cuarto de juegos que estaba junto al dormitorio de mi madre. La torre era ya casi tan alta como el propio Vincent, sólo faltaba el chapitel. Mientras lo buscaba, vi cómo Vincent desbarataba la torre con un movimiento de su rolliza mano. Las piezas se cayeron con estrépito sobre el parquet. Regañé a Vincent: bien sabía él que mamá estaba descansando.

Un poco más tarde mi madre entró en el cuarto. Todavía tenía en la cara la marca de la almohada. Yo no me atreví a preguntarle si la habíamos despertado, ella no dijo nada al respecto.

Sin embargo, esa misma semana, llamó a la puerta un tipo huesudo con un mono azul: el carpintero. Traía un trozo de madera, tan grande y grueso como una lápida. Vincent y yo estuvimos observando cómo se las apañaba con el madero por la escalera de caracol a fuerza de palabrotas y resoplidos. ¿Qué sería? ¿Un nuevo somier para la cama de Vin, un soporte para colocar el tren eléctrico, un tablero

para jugar al *sjoelbak*¹ todavía sin montar? Nos colamos detrás de él y vimos por fin cuál era el destino de la plancha de madera: quedar clavada en la puerta del dormitorio de mamá. Así ya no podría oírnos cuando descansara.

La criada había bañado a Vincent y mamá vino a leernos *Mila y Yaco*². Nos sentamos los tres en la cama de Vin, que todavía tenía el pelo mojado del baño, olía a muguet y llevaba puesto el pijama blanco de algodón rizado con elefantes rojos. Yo ya no estaba obligado a bañarme temprano. Vincent, con el pulgar en la boca, apoyó la cabeza en el hombro de mi madre, pero mamá dijo que tenía que sentarse derecho; si no, no podía leernos. Llevaba el delantal blanco que se ponía cuando iba a hacer algo con nosotros para que no se le manchara la ropa. Así vestida se parecía un poco a una enfermera.

Aquella tarde papá llegó pronto a casa, lo que no era habitual. Vincent estaba metido en su «madriguera» y yo me senté en la cama de Vin, encantado porque papá iba a subir. Traía una copa: eso significaba que nos iba a leer un fragmento de *Pinkeltje*³. Con el traje azul oscuro y la camisa blanca como la nieve —los puños siempre sobresalían un poco de las mangas de la americana para que los gemelos de oro quedaran a la vista—, papá se sentó en una sillita junto a la cama de Vincent. Todavía olía a los puros de los señores con los que una hora

1. *Sjoelbak*: juego de destreza en el que los jugadores deben pasar unos discos dentro de unos compartimentos situados en el extremo contrario de una larga mesa dispuesta para tal fin.

2. *Mila y Yaco*, en neerlandés *Jip en Janneke*, colección de cuentos infantiles escritos por Annie M. G. Schmidt e ilustrados por Fiep Westendorp, muy populares en los Países Bajos. La serie se publicó originalmente en el diario *Het Parool* entre los años 1952 y 1957 y más tarde se editó en diversos volúmenes.

3. *Pinkeltje* es otro célebre personaje de la literatura infantil neerlandesa, fruto de la fantasía de Dick Laan. Los libros de las aventuras del pequeño Pinkeltje, ilustrados por Rein van Looy, se publicaron entre 1939 y 1977.

antes había estado negociando la venta de su edificio de oficinas. Ahora tocaba que nos leyera *Pinkeltje*. Se aplicaba a la lectura con devoción: su voz, siempre un poco solemne, tomaba una nueva entonación y, poco antes de que fuera a ocurrir algo especial, se paraba un momento para alimentar la tensión. Parecía como si también a él lo cautivaran profundamente las aventuras de Pinkeltje en el Palacio del Dam.

Antes de que mis padres se fueran a la cama, papá se pasaba a ver si ya estábamos durmiendo. Yo todavía estaba despierto, pero me hacía el dormido. Lo observaba a través de las pestañas: entonces mi padre presentaba un aspecto muy diferente con su pijama de rayas rojas y blancas, cuyo pantalón le quedaba un poquito largo. Se alzaba de puntillas para ver desde el marco de la puerta si ya me había dormido. Cada vez que venía hasta mi cama y con ternura me daba un beso, yo tenía que esforzarme terriblemente para no abrir los ojos. Verlo habría roto el encantamiento; de hacerlo, la próxima vez seguro que no me besaría.

Por San Nicolás me regalaron un coche en miniatura, era un Opel negro cuyas puertas podían abrirse. No era mi único regalo, la mesa estaba llena, pero era con diferencia el más bonito. Mamá, que siempre tenía un pensamiento para «aquellos a quienes no les iba tan bien en lo económico», me contó que había niños que ese año habían tenido mala suerte y no habían recibido ningún regalo. Me propuso que cediera uno de mis muchos regalos a uno de esos niños; Vincent sólo tenía dos años de modo que era demasiado joven para semejante responsabilidad social. Tenía que ser algo que me gustara de verdad, debía dolerme un poco. Yo sabía exactamente a qué regalo se refería y le puse en la mano el cochecito negro con puertas que podían abrirse.

No puedo recordar si recibí algún elogio de mamá o si me hizo una caricia en la cabeza, aunque debió de sentirse orgullosa de mí porque contó la historia a las tías. «Éste, cógelo rápido antes de que

me arrepienta», parece ser que dije; mamá y las tías no pudieron evitar reírse. ¿Cometí una traición contra mí mismo al abandonar lo que con tantas ganas quería conservar para dar gusto a mi madre? Por supuesto, en ningún momento se me ocurrió pensar en aquellos pobres chicos.

Fuimos a visitar a la abuela. Mientras mis padres y mi abuela estaban en el salón, Vin y yo estuvimos en el sótano con Nel, la criada de la abuela. Tenía puesto un gran delantal blanco y llevaba zapatillas porque los pies la traían mártir. Nel nos daba de beber un refresco de limón que servía de una botella con un punto amarillo y nos regalaba con lenguas de gato y galletas especiadas aunque no fuera San Nicolás.

Nel tenía además montones de tebeos del pato Donald, que yo leía a Vincent. Se sentaba en mi regazo para que pudiera ver mejor las viñetas. Yo hacía todas las voces: Donald, Daisy, el tío Gilito y Goofy, pero Jorgito, Jaimito y Juanito no me salían tan bien ya que los tres hablaban al mismo tiempo. Hacia la una, Nel fue arriba afanosamente para ver si podíamos despedirnos de la abuela antes de que se retirase a descansar. Vincent y yo subimos de la mano por la amplia escalera de madera, que crujía a cada peldaño. En el salón lleno de muebles pesados y cuadros lóbregos, la abuela, frágil y pequeña, estaba sentada con un vestido oscuro en un diván de terciopelo. Olía a agua de colonia y sentimos un ligero escozor al darle un beso. De un aparador de roble sacó una caja de hojalata con caramelos. Podíamos coger uno cada uno. A mí me sabía un poco rancio, pero no quería rechazarlo. A Vincent le gustaba. De camino a casa, mamá nos contó que antes, cuando ella era pequeña, también era así. Los niños comían abajo con Nel y podían pasar un rato con la abuela en el salón antes de que se fuera a acostar. Vincent quiso saber si también entonces le daba a mamá un caramelo: no, eran sólo para los nietos. Así que yo tenía razón, esos caramelos rancios eran algo especial, no podía rechazarlos.

Con papá jugábamos a los peluqueros. Imperturbable, se sentaba en su sillón de lectura a leer el periódico mientras Vincent y yo dábamos forma a su cabeza. Vincent se aupaba de puntillas sobre una mesa auxiliar y cortaba los escasos cabellos de papá con los dedos. Yo, con un peine mojado, redistribuía los cuatro pelos que había en mitad de la cabeza de papá. Primero los cuatro hacia la derecha, luego hacia la izquierda, después dos a la derecha y dos a la izquierda, tres a la derecha: hay una cantidad asombrosa de posibilidades con tan poco pelo. De vez en cuando aplicaba mi nariz a la reluciente cabeza de papá para poder olerlo mejor. Huele de una manera especial. Es un aroma que sólo reconozco en papá, cálido y penetrante a la vez.

La copa de papá estaba en la mesa junto a una botella de Underberg. Eran unas botellas pequeñas y nunca se servía más que unas gotas en la copa. Nosotros nos peleábamos por ver quién podía quedarse la botella vacía y quién podía quitar el envoltorio de la nueva. Debía de ser por turno, pero sospecho que a mí me tocaba con más frecuencia porque era el mayor.

Papá cenaba siempre más tarde y cuando mamá entraba con su sopa se acababan los juegos. Papá reclamaba entonces un beso grande y nos daba un abrazo que nos mecía como si fuéramos una pesada barca en el mar. Vincent, absorto, se quedaba con la mirada fija, como si estuviera viendo algo en el horizonte. Papá nos daba un besazo, sus besos siempre resonaban, y después se enjugaba la cabeza con el pañuelo que a continuación plegaba minuciosamente. Volvía a abrir el periódico y se sentaba ante su plato de sopa con carne.

La primera vez que ahorré fue cuando tenía diez años: quería comprar a mamá un pintalabios: Evening Glow de Christian Dior. Se puso muy contenta, creo, aunque el color le parecía muy fuerte y por eso se daba un color más suave por encima. A mí, en cambio, me chiflaba el naranja ardiente, el color de los troncos al quemarse en la chimenea.

Solía observar a mamá cuando se maquillaba. El pintalabios no se lo aplicaba directamente en la boca, sino que utilizaba un pincelito: una obra de arte que se embellecía a sí misma.

Cuando íbamos de visita, generalmente a casa de sus hermanas, las tías, yo le hacía innumerables cumplidos. Era la madre más guapa del mundo. Mamá se reía con la mano delante de la boca, algo avergonzada, pero sin dejar de sentirse de lo más orgullosa.

Como todos los veranos, aquel agosto pasamos el mes en Noordwijk. Mamá, Vincent y yo además de una muchacha que habían contratado a propósito para hacer castillos en la arena con nosotros. Papá tenía que trabajar y nos visitaba los fines de semana. Se los solía pasar durmiendo. Mi madre utilizaba una vestimenta particular cuando nos acompañaba a la playa: un conjunto claro de jersey y chaqueta con un pantalón a juego, un pañuelo de seda enrollado en la cabeza y unas gafas de sol oscuras con una fina montura. Yo decía que se parecía a Grace Kelly y a Mamaloe, la mujer del payaso Pipo⁴, que también me parecía muy guapa.

Ese año, sin embargo, mamá casi no bajó a la playa. Se sentaba en la terraza del hotel Huis ter Duin y nos saludaba con la mano. Tenía una manera propia de saludar: levantaba la mano y movía sólo los dedos, como si estuviera tocando el piano.

Vincent y yo le devolvíamos el saludo mientras la criada nos cavaba un hoyo. Una vez que el hoyo estaba listo, tan profundo que incluso la muchacha desaparecía dentro, a nosotros nos daba por decir que para nada queríamos un hoyo, queríamos una montaña. Entre suspiros, la chica rellenaba el hoyo y empezaba a hacer una montaña.

También en Noordwijk teníamos que irnos a la cama a nuestra

⁴ Pipo y Mamaloe son los protagonistas de *Pipo de Clown*, una serie de televisión muy popular en los Países Bajos, con guión de Wim Meuldijk.

hora. Ni siquiera yo podía quedarme a ver los fuegos artificiales que había para entretenimiento de los veraneantes, a pesar de que ya tenía diez años. Desde su balcón había una vista formidable susurró mi madre a un primo mío, un año mayor. Lo había invitado junto a sus hermanas para que acudieran a ver los fuegos con nosotros. Creyó que no podía oírla, pero incluso todavía hoy oigo sus voces en el pasillo mientras pasaban por delante de nuestra habitación con una risa tonta. Algo después los siguieron las detonaciones de los fuegos de artificio. Descorrí la cortina aunque sabía bien que no podría ver nada: nuestra habitación daba al patio interior del hotel.

Septiembre de 1967. Todas las ventanas se encontraban abiertas, la ropa de cama se aireaba apoyada en el marco de las ventanas, el cielo estaba completamente azul. Llamé a la puerta del dormitorio de mi madre para preguntarle si podía salir «sin el abrigo puesto»

No contestó. Abrí del todo las dos hojas de la puerta y la vi sentada en la cama desprovista de sábanas, con un paquete de Kleenex en el regazo. Estaba llorando. Fuerte y con breves sollozos, como un niño que no sabe volver a casa.

Nunca antes había visto llorar a mi madre y me asusté tanto que cerré la puerta rápidamente pero sin ruido y me fui corriendo a mi habitación, que justo estaba fregando la criada. Sobre el colchón desnudo rompí a llorar.

Sorprendida, la muchacha se encogió de hombros: que mi madre llorase no era motivo ninguno para que también yo gimoteara. Mamá ya no lloraba cuando vino a mi cuarto. La abuela estaba muy enferma, no le quedaba mucho tiempo de vida. Mamá se fue a verla. Me dio permiso para jugar fuera «sin el abrigo puesto» y dos monedas para que comprara un helado para Vincent y otro para mí.

Un helado entre semana así como así era algo inaudito. Comprendí de inmediato que todo es diferente cuando la gente se

muere. Entonces puedes hacer cosas que habitualmente son imposibles, igual que en tu cumpleaños. Es festivo, pero se trata de una fiesta triste. Vincent y yo nos sentamos en el césped del jardín que había al comienzo del Laan de modo que pudiéramos ver llegar a mamá. Cada vez que me acordaba de lo sola que estaba llorando en el borde de la cama, se me encogía el estómago.

Decidí no comprar los helados, así no habría nada especial y entonces, tal vez, la abuela no se moriría.

Al final de la mañana vimos a lo lejos el Renault Dauphine de mamá. Nos saludó mientras conducía a lo largo del césped y sonrió. ¡El truco del helado había funcionado! Corrí a casa, Vincent arrastraba los pies detrás de mí, pero cuando la vi de pie junto al coche, la sonrisa había desaparecido del rostro de mamá. La abuela estaba muerta.

Casi no me atrevía a preguntarle por miedo a que se echara a llorar de nuevo. Una vez dentro dijo que la abuela estaba ya en el cielo con Nuestro Señor. No era un motivo para que yo llorara. La abuela ya era vieja y cuando la gente envejece es el momento de ir al cielo. Mamá me tendió un vaso de agua, pero yo no podía dejar de llorar: me parecía terrible que mamá ya no tuviera madre.

III

En el jardín se conserva aún la estatua que mi padre ordenó hacer cuando Vincent era todavía un crío. En realidad no es una estatua, es un murete de piedras rugosas con la imagen grabada de dos chicos. Los chicos no se parecen ni a Vincent ni a mí, pero sí son dos muchachos. Dos muchachos y una flor, un girasol.

A Vincent le dio por cultivar girasoles cuando tenía unos nueve años. Los regaba todos los días y los medía. En un cuaderno verde registraba meticulosamente cuántos centímetros habían crecido. Se pasaba horas observando sus girasoles, como si pudiera obligarlos a crecer hasta el cielo con su mirada. Pero de repente, un día, su interés había desaparecido. Dejó que se secaran y al poco tiempo las redondas cabezas amarillas pendían desgajadas de los tallos. El jardinero los arrancó y los tiró al cercado de detrás de casa.

De vez en cuando Vincent y yo montábamos a caballo sobre la estatua. Invariablemente aquello acababa en una pelea. Éramos jinetes que compartían un solo caballo, pero cada uno montaba en una dirección ya que Vincent se sentaba siempre enfrente de mí. Así no podíamos avanzar: él tenía que sentarse detrás de mí con sus brazos cogidos firmemente a mi cintura para que nosotros, los indios, pudiéramos galopar con brío cuando llegaran los cowboys. Pero a Vincent no le apetecía porque, entonces, no podía meterse el pulgar en la boca. Para mí era un piel roja inútil con el que nunca podría contar para ganar la guerra.

Cuando Anna y mi padre se mudaron al extranjero decidieron que no se llevarían la estatua. Anna dijo que ya no resultaba oportuno: entre tanto había nacido Marjolein. A mi padre el precio del transporte le pareció un disparate. La estatua se quedó.

Camino por el sendero del garaje. La grave cruje bajo mis zapatos. Aquí me di un porrazo enorme cuando me regalaron mi primera bici de adulto al cumplir diez años. Según mi padre la bicicleta debía ser un poco mayor que mi talla del mismo modo que nos compraban la ropa crecedera. Me dijo que bastaba con que llevase la bici al taller para que le pusieran unos tacos en los pedales. ¡Tacos en los pedales! Monté sin los tacos. Era mi cumpleaños, ese día puede hacerse lo que se quiera y uno está protegido por una especie de invisible pompa festiva. Pero, cuando pasé corriendo de la calle al sendero, los pies no encontraron los pedales. Me clavé la barra y me caí, con bici incluida, en la grava. La pierna izquierda empezó a sangrarme: la pompa de jabón había estallado. Lloré no sólo de dolor, sino sobre todo por la decepción de que no hubiera garantía contra accidentes el día del cumpleaños.

Desde la puerta de la calle, a través de una ventanita alargada y estrecha, miro el interior. El recibidor de mármol se mantiene intacto, sólo falta el jarrón griego. El recibidor, el salón y el dormitorio de mis padres eran las únicas dependencias de la casa amuebladas de verdad. En el recibidor, llamado «vestíbulo» por mi padre, había colgado un tapiz flamenco del siglo XVII con la imagen de Abraham a punto de matar a su hijo Isaac, pero a quien la mano de Dios le impide hacerlo. A mí me parecía una historia increíble: cómo podía Dios pedir algo así a un padre. A papá también se lo parecía, pero el tapiz era bonito y lo había conseguido a muy buen precio. Más tarde un rabino me dio otra explicación de esta parábola. En aquel tiempo era costumbre entre las tribus judías ofrecer a Dios al primogénito. Abraham se rebeló, no lo hizo y quebrantó así la costumbre. Para acomodar un poco el conjunto a la idea de un Dios que controla la decisión, se tergiversó el relato hasta llegar al que ahora conocemos.

En el salón —no fue hasta la escuela secundaria cuando me enteré de que la mayor parte de la gente habla del cuarto de

estar— había armarios españoles antiguos así como esculturas de la Edad Media y cuadros de los siglos XVI y XVII. Las sillas eran modernas e incómodas: yo me resbalaba continuamente de lo tenso que estaba el cuero.

El dormitorio de Vincent, el mío y el cuarto de juegos, nuestro dominios, estaban amueblados con trastos que mi padre ya no podía usar en su negocio: dos escritorios de acero, sillas giratorias con ruedas, archivadores viejos donde teníamos que almacenar los juegos, lámparas de oficina negras y un gran armario de madera que mi madre utilizaba como almacén de los abrigos de piel. Algunas veces yo abría la puerta del armario y acercaba la manga de uno de estos abrigos a mi mejilla, era muy suave y olía al perfume de mamá: Arpège de Lanvin.

Una noche en que mis padres habían ido a un concierto, me colé en el dormitorio de mi madre y me senté frente al tocador con los cepillos de plata y las botellitas de cristal. También estaba la caja beige con el dibujo de una figura oscura envuelta en una ondulante capa negra. Había además una figurita más pequeña, un niño al que el caballero protegía con la capa. Abrí la caja, saqué la botella y me rocié con unas gotas en las muñecas y detrás de las orejas como había visto hacer a mi madre. Así ella estaba junto a mí. El perfume, como una capa, me protegería también a mí de esa extraña sensación que experimentaba a menudo. La sensación de como si por dentro estuviera completamente hueco, un sentimiento de vacío y, sin embargo, al mismo tiempo de enorme pesadez.

A la mañana siguiente mamá me regañó: le parecía una monstruosidad que hubiera entrado de esa manera en su dormitorio; un chico de once años debería tener más conocimiento. Como castigo me mandó arriba. Tiempo después vi también a Vincent sentado frente al tocador: estaba llevándose la botellita de Arpège a la nariz. De repente me sentí ligado a él, teníamos el mismo secreto, el caballero de la capa que nos protegería. Pero también el secreto de Vincent fue

rápidamente descubierto: se había echado encima la botella entera de Arpège. Y también como castigo tuvo que quedarse arriba.

Vincent se hizo pis en la cama durante mucho tiempo. Cuando tenía cinco años, en su cama seguía habiendo una tapete de hule y mi madre compró una alarma «stop-pipí» especial para él. Con su delantal blanco, meñique enhiesto, ajustó una funda de goma en el ya robusto pene de Vincent. La funda se conectaba con un cordón al despertador que sonaba cuando llegaban las primeras gotas de orina. Sin embargo, Vin durmió como de costumbre por más que sonara la alarma y a la mañana siguiente se despertó tan mojado como el día anterior. Naturalmente mi madre no había oído el despertador debido a la puerta extra gruesa de su habitación. En realidad no sé cuándo dejó de hacerse pis en la cama Vincent.

Era domingo por la tarde, estábamos viendo películas en el cuarto de los juegos o intentábamos ver películas porque mi madre no se manejaba con el proyector. Mi padre tampoco, pero creía que, en calidad de padre, tenía que poder. Enfundado en su traje oscuro, pues también los domingos llevaba un traje oscuro, intentaba introducir la película de ocho milímetros en el proyector formando un lazo. Esperamos sin impacientarnos: mi madre en la primera fila, con un libro de bolsillo abierto en el regazo como si fuera un abanico y, muy formal, sentado junto a ella, Vincent.

«¡Las luces!», gritó papá y di un salto. Oímos el crepitar de la película en la oscuridad: ¡ya empezaba! Allí estábamos nosotros dando de comer a los patos en el estanque que había detrás de nuestra casa: Vincent con pantalón corto y yo con mi blazer nuevo; le di a Vincent un trozo de pan y con mi mano en la suya lo lanzamos juntos hacia el estanque. La película empezó a vibrar, primero ligeramente, luego con más fuerza y de repente apareció una mancha amarilla en la pantalla.

¡A dar las luces! Mi padre se inclinó sobre el proyector y cambió las bobinas. Otra vez a apagar las luces. Ahora Vincent estaba sentado en el césped cabeza abajo. Giré la cabeza, como si yo, cual pareja inclinada, fuera a dar una voltereta, para ver en esa postura la película. Ésta vez no vibraba. Vincent, con los pulgares de ambas manos en la boca, miraba de frente hacia sí mismo cabeza abajo. Pero a mi padre le pareció que ver la película con lo de arriba abajo no era lo correcto. Vuelta a dar las luces. Paró el proyector, se quitó la chaqueta, arqueó un poco las piernas hasta quedarse a la altura del proyector y observó el aparato. De nuevo hubo que enganchar la película con un lazo. Y vuelta a apagar las luces. Vimos a un tembloroso Vincent y a un convulso Eric que daba de comer un trozo de pan a unos agitados patos. A continuación la película se soltó del proyector, la luz deslumbrante nos hirió los ojos.

Durante media hora todo siguió igual, imágenes temblorosas que se helaban de repente. Cada intento acababa con la mancha cegadora imborrable de la tela. La luz del proyector centelleaba en la pantalla como trocitos de cristal en la nieve y la bobina giraba de manera absurda.

Mi padre se dio por vencido: mi madre debería comprar un nuevo proyector. ¡Pero si éste estaba recién comprado! Papá se parapetó detrás del periódico. Mamá se fue también al salón para seguir leyendo. Propuse que fuéramos a jugar al ping-pong. Vincent hizo un gesto de desaprobación. Tampoco quería hacer figuras de arcilla, ni tenía ganas de dibujar, hacía demasiado frío para salir al jardín y cantar canciones no le apetecía; tenía que contarle un cuento. Empecé sin saber cómo acabaría. Sólo sabía sobre qué tema debía tratar: sobre dos hermanos. Se fueron navegando en un gran barco a un país mágico donde todo se podía comer: los árboles eran de chocolate y las casas de mazapán. Después volaron en una alfombra, idéntica a una que había en el salón, alejándose por encima de la tierra hasta las estrellas. A

Vin le estaba gustando el cuento. Pero los hermanos tenían que volver sanos y salvos a casa, junto a sus padres. Cuando eso sucedió, sonrió contento.

Seguimos a papá al garaje.

—¿Ya estamos todos?

—Sí —dijimos Vin y yo a coro.

—Entonces subamos a bordo —ordenó mi padre como si nos fuéramos de expedición en un submarino. Nos subimos en el asiento trasero del Cadillac negro. Nunca nos sentábamos delante: mi padre lo consideraba muy peligroso, «Supón que tuviera que dar un frenazo». Avanzábamos provocadoramente despacio bajo la lluvia por los suburbios de la ciudad donde mi padre observaba con atención los edificios: bloques de oficinas, naves industriales, inmuebles de empresas, almacenes. Ése era nuestro entretenimiento los domingos por la tarde. Teníamos que estar callados porque papá escuchaba al mismo tiempo el partido de fútbol en la radio. Había conductores que pitaban al enorme coche americano que circulaba a veinte kilómetros por hora. Yo me moría de vergüenza, pero mi padre ni se inmutaba. A fin de cuentas, podían adelantarlo. Permanecíamos sentados, algo mareados, detrás de las ventanas empañadas. Las ventanas nunca podían abrirse porque entonces habría corriente y cogeríamos frío.

A mi padre siempre le preocupó que nos pasara algo. Incluso cuando no hacía demasiado frío afuera, teníamos que ponernos una bufanda y un birrete, que era como llamaba al gorro. Hasta los días más húmedos de verano llevábamos una camiseta debajo del niki porque, de llevar sólo éste, si sudábamos, podríamos resfriarnos.

En lugar de hacer los deberes, me senté detrás del escritorio a dibujar muñecas. Se trataba de señoras en traje de chaqueta. Un traje de chaqueta con cuello redondo y cuatro botones en la manga: el colmo de

la elegancia. En torno a las cuatro y media oí el motor del coche de mi madre; como de costumbre, a esa hora se fue a hacer recados. Prefería hacerlos sola. De pie, delante de la ventana, la vi conducir por el Laan en el Renault blanco. A lo lejos oí las voces de unos niños que estaban jugando fuera. Oía cómo se llamaban, los gritos de excitación y alegría, el ruido sordo del balón cuando golpeaba en la acera. Aunque pegara la nariz al cristal, no podía ver a los chicos, estaban lo suficientemente lejos. Me apetecía muchísimo jugar o simplemente estar fuera con ellos, pero mis piernas eran demasiado pesadas y demasiado débiles para moverse. Estaba clavado al gris linóleo moteado del suelo de mi dormitorio. Tenía ganas, pero no podía.

Mi madre me ordenó esperar arriba a mi padre. «Cuando vea este boletín de notas, se va a armar una buena», había dicho. Me senté detrás del escritorio de acero con la misma sensación que tenía en la sala de espera del dentista cuando oía el chirrido punzante del taladro. Deseé que se produjera un aplazamiento, que mi padre llegara tarde del trabajo, pero, por supuesto, ese día no fue el caso. Sujetó el boletín manchado de insuficientes a cierta distancia, como si fuera un trapo sucio, como si el cinco en historia, el cuatro en geografía y el tres en cálculo apestaran. Con semejantes notas no podría pasar de curso y si se repite una vez, aunque sea en quinto, ya no se puede entrar en bachillerato y sin bachillerato no se puede ir a la universidad. ¡A qué iba a dedicarme! ¡A fontanero, seguro! No iba a llegar a ninguna parte. Lo peor, según mi padre, era que el maestro había escrito en el boletín: «Eric podría si quisiera». Simplemente, ¡yo era un zángano!

Pero por más que me esforzara, no conseguía nada. La cabeza no me daba más de sí, no me entraba nada.

Tan pronto como llegó a nuestra casa, Vincent hizo llorar a Koosje. Koosje venía de una familia con problemas de Tiel. Era la nueva criada,

la última de un cortejo sin fin. Nunca se quedaban mucho tiempo. Almorzamos los tres juntos ya que mi madre de nuevo había ido al médico. Vincent me dio un codazo, «Mira que ojos tan raros tiene», me dijo como si estuviéramos en el zoológico delante de la jaula de un babuino. Tuvo que reprimirse aunque vi que tenía razón: los párpados de Koosje se desplomaban sobre las pestañas de modo que los ojos se le hundían en el rostro. Con todo, Vincent no podía olvidarse de lo pequeños y raros que eran los ojos de la muchacha. Enarboló su dedito de cinco años en dirección de Koosje, que estaba sentada con la cabeza gacha frente a una rebanada de pan con fideos de chocolate, y empezó a reírse. Me puse nervioso e intenté decir algo entre risitas. Me sentía igual que en la iglesia, cuando todo está en silencio, el monaguillo toca la campanilla y por más que uno sepa que no puede reírse, por eso mismo le entran unas ganas atroces. Vincent se reía a mandíbula batiente. Unas lágrimas gordas brotaron de los raros ojos de Koosje. Vincent se carcajeó aún más.

Esa misma tarde, algo después, mamá vino a mi cuarto. Tenía un esparadrapo pegado en la parte interior del brazo derecho. Mamá me preguntó qué pensaría si mi madre acabara de fallecer y recalara en una familia extraña donde nada más llegar se burlaran de mí. Me pareció un poco cobarde decirle que había sido Vincent el que se había reído; yo debería haberme impuesto. Tuve que quedarme en el cuarto para reflexionar sobre lo que había hecho. Vincent estaba fuera montando en bici al sol de primavera.

De manera sorprendente, Koosje estaba encantada con Vincent, a mí me consideraba un niño mimado y pedante. Lo eligió como paje en su boda, cuando un año más tarde se casó con el carpintero anguloso. Vin se puso el traje de la comunión y un sombrero de copa que le caía casi hasta los ojos. Sostenía el velo de Koosje bien alto como si fuera una bandera que ondease al viento. Lo vi más tarde en una foto, yo no estuve allí.

Vincent estaba llenando su flamante mochila nueva: al día siguiente iría por primera vez al colegio. Papá estaba ocupado con el periódico. Mamá estaba leyendo *Van oude mensen, de dingen die voorbijgaan*⁵. Un título de lo más misterioso, ¿sobre qué trataría ese libro? Mamá me dijo que era demasiado joven para saberlo, ¿por qué no me iba a escribir algo en el diario?

Pero esa vez tampoco funcionó. Las páginas se quedaron en blanco. No me atrevía a poner en el papel aquello sobre lo que tenía tantas ganas de escribir. Me daba miedo que mi madre lo leyera por accidente.

⁵ *Van oude mensen, de dingen die voorbijgaan...*: *Gente mayor, las cosas que pasan...* célebre novela de Louis Couperus publicada en 1906, en la que se narra la historia de una familia cuyas complejas relaciones se construyen a partir de un terrible secreto.

IV

Busco girasoles en la tienda de flores que hay delante del hospital, pero no estamos en temporada. Sólo tienen rosas y tulipanes. ¿Le parecerá absurdo a Vincent que le lleve rosas? ¿Le habrá regalado alguien rosas alguna vez? Compro además un ramo de tulipanes rojos para el personal de enfermería del Vier Zuid.

Miro el reloj: las dos y cuarto. En realidad da igual, no hay horas de visita fijas en la planta de Vincent, puedo ir cuando quiera.

En la habitación de Vincent la cortinas están echadas. Entra una luz pálida, como si estuviera tendida una sábana en el cielo. Han retirado la segunda cama. ¿Significa eso que por ahora nadie más va a ocupar la habitación?

Vincent sigue con la mirada fija en la lucecita verde. Me dirijo hacia él con un ramo de flores en cada mano, como el hombre de las señales que dirige hacia su correspondiente finger los aviones que acaban de aterrizar. Me encuentro ya en el centro de su campo de visión, espero que reaccione de alguna manera, como si su mirada fuera el rayo invisible de un sistema electrónico de seguridad. Sin embargo, no se activa ninguna alarma, no suena ninguna sirena, ningún zumbido, ninguna campana. Ni siquiera parpadea.

Huyo a la cocina donde un atractivo enfermero se está tomando un café. Después de haberme presentado, le doy uno de los ramos y de repente veo que son las rosas. Me doy cuenta de que me estoy poniendo rojo.

— ¡Qué amable! Muchas gracias, señor.

— ¿Podría poner también los tulipanes de mi hermano en agua?

No manifiesta ninguna reacción, ¿sabe?

— Pero sí que le oye. Esta mañana, cuando le pedí que abriera la boca para lavarle, lo hizo inmediatamente.

Ya lo ves, no quiere que venga.

—Estoy seguro de que agradece su presencia.

—Pero, por Dios, ¡qué puedo decirle! ¡Jamás reacciona!

—¿Por qué no le cuenta las últimas noticias? Es importante que los pacientes mantengan el contacto con el mundo exterior.

Pero es que, en este momento, para mí no hay ningún mundo exterior. Sólo hay un mundo, el de Vincent. Incluso cuando estoy leyendo el periódico o viendo la televisión en el hotel, veo el reloj de la entrada del hospital, la luz del tubo fluorescente del ascensor, los pasillos resonantes a causa del vacío, la penumbra de la habitación de Vincent, la luz verde de su gotero, su mirada esquiva. Oigo su silencio. ¡Ojalá dijera cualquier cosa!

Con cuidado, el enfermero pone los tulipanes en un jarrón redondo de cristal. Camino detrás de él hasta la habitación de Vincent.

—¿Has visto que flores tan bonitas ha traído tu hermano?

Sostiene el jarrón de los tulipanes delante de la cara de Vin, que lo atraviesa con la mirada.

¿Por qué trata de ‘tú’ a Vincent y lo llama por su nombre si ya casi tiene los treinta? A mí me llama señor y me trata de ‘usted’. ¿Es que parezco tan mayor? ¿Tengo ya tantas canas? ¿Será porque todavía no me conoce bien? ¿O es porque yo estoy sano y me mantengo en pie mientras que Vincent está acostado boca arriba como un bebé?

El enfermero coloca las flores entre los cristales de la doble ventana: los tulipanes rojos se han convertido así en un objeto dentro de una vitrina.

Se gira y se dispone ya a volver a la cocina.

—¿No convendría asear un poco a Vincent?

—Ya lo hemos hecho esta mañana.

—¿Le cambiamos entonces las sábanas?

—Lo hacemos siempre después del aseo. Puede quedarse tranquilamente con su hermano.

En la mesilla está el libro que hace unos días le compré a Vincent. Tuve que quitar yo el papel, a Vincent no le quedaban fuerzas. Sonrió al ver que era de Annie M. G. Schmidt.

Le digo que me pellizque la mano si quiere que le lea un poco de *Tot hier toe*⁶. Dudo un poco antes de cerrar mi mano en torno a su índice. ¿Le parecerá bien? Su dedo está suave y caliente, pero no realiza ningún movimiento.

Seguro que le parece bien. Sé que le gusta Annie M. G. Schmidt. Cojo el libro y lo abro por una hoja al azar. Precisamente antes de empezar a leer, veo: «Mi tío murió de curiosidad». Me falta tiempo para coger aire y pasar rápidamente de página: «El mundo está vacío sin ti». ¿Es que esta mujer no puede escribir sobre otra cosa? Entonces, de repente, veo: «Wat voor weer zou het zijn in Den Haag?»⁷

—¿Recuerdas cuando la cantábamos juntos, Vin?

Empiezo a leer en voz alta y entonces, sin darme cuenta, empiezan a balancearse las palabras arriba y abajo como los patos en el estanque de detrás de casa. Me pongo a cantar, primero en voz baja y, luego, a pleno pulmón:

—Als ik weg ben, voorgoed uit dit land,
als ik woon bij Menton of bij Nice,
in een bungalow dicht bij het strand,
waar het weer niet zo guur is en vies,
lig ik fijn in de zon op mijn rug.
Om mij heen bloeit de rozemarijn.
Ik wil nooit meer naar Holland terug

⁶ *Tot hier toe*: *Hasta aquí*, recopilación de la poesía y las canciones para adultos de Annie M. G. Schmidt, publicada en 1986.

⁷ «Wat voor weer zou het zijn in Den Haag?»: «¿Qué tiempo hará en La Haya?», canción que, con música de Harry Bannink, puso de moda la cantante Conny Stuart en 1966.

en ik denk vals: hoe zou het daar zijn,
nog zo nat, nog zo kil?

Wat voor weer zou het zijn in Den Haag,
wisselvallig met telkens een bui?
Wat voor weer is het daar nou vandaag?
Is het weer voor een vest en een trui?
Is er regen vandaag?
Waait de wind met een vlaag
alle voetgangers weg van het Spui
en duikt iedereen diep in zijn kraag?
Wat voor weer zou het zijn in Den Haag?

Wat voor weer zou het zijn in Den Haag?
Zijn de bomen nog kaal op 't Voorhout?
Wat voor weer is het daar nou vandaag?
Is het miezerig, mistig en koud?
Zijn de wolken weer laag?
Valt de regen gestaag?
Is lijn negen er nog zo benauwd?
Ligt het bier weer zou koud op je maag?
Wat voor weer zou het zijn in Den Haag⁸.

8 Ahora que estoy fuera, lejos para siempre de este país, / ahora que vivo en Menton o en Niza, / en un bungalow junto a la playa, / donde el tiempo no es tan desapacible, tan desagradable, / tomo el sol en la espalda y a mi alrededor crece el romero. / Ni hablar de volver a Holanda / pero, hipócrita, pienso: ¿Cómo hará allí? / ¿tan húmedo, tan frío como siempre? / ¿Qué tiempo hará en La Haya? / ¿Variable, con una tormenta cada dos por tres? / ¿Qué tiempo hará allí hoy? / ¿Hace para chaqueta y jersey? / ¿Va a llover? / ¿Sopla el viento a rachas, / los viandantes se han ido de Spui / y todo el mundo camina encogido? / ¿Qué tiempo hará en La Haya? // ¿Qué tiempo hará en La Haya? / ¿Siguen pelados los árboles del Voorhout? / ¿Qué tiempo hará allí hoy? / ¿Llovizna, está brumoso y hace frío? / ¿Otra vez hay nubes bajas? /

Debemos componer una estampa extraña, un hombre inmóvil en una cama metálica y otro sentado en un taburete bajo y cojo, cantando a voz en cuello:

—Ja en toch (dat is gek) op den duur
ga ik hunk'ren naar Holland en huis,
naar de Afsluitdijk, mistig en guur,
naar de weerman bij ons op de buis,
naar 't gezicht van professor Van Holk,
naar een tulp in een Hollandse tuin,
naar het ochtenbland en zelfs naar Henk,
naar het Kurhaus, de Pier en Kijkduin.

Wat voor weer zou het zijn in Den Haag?
Zijn de bomen al groen op het Plein?
O, wat zou ik verschrikkelijk graag
nou een uurtje vandaag
in mijn eigen Den Haag
op de Plaats of het Buitenhof zijn.
Ik wil weer terug. Dat is al wat ik vraag,
want ik ben met mijn hart in Den Haag⁹.

Volvemos a estar los tres sentados en la cama de Vincent. Huelo el

¿Sigue la línea nueve tan llena? / ¿De nuevo cae la cerveza demasiado fría en el estómago? / ¿Qué tiempo hará en La Haya?

9 Cierta, pero con el tiempo (ya sé que es una locura), / voy a suspirar por Holanda, por mi casa / por el Afsluitdijk, brumoso y desapacible, / por nuestro hombre del tiempo de la tele, / por el rostro del profesor Van Holk, / por un tulipán de un jardín holandés, / por el periódico e incluso por Henk, / por el Kurhaus, el Pier y Kijkduin. / ¿Qué tiempo hará en La Haya? / ¿Están ya verdes los árboles en Het Plein? / Oh, cuánto me gustaría / pasar hoy una horita / en La Haya de mi alma / estar en De Plaats o en el Buitenhof. / Quiero volver. Es todo lo que pido / porque tengo el corazón en La Haya.

mugrete, veo los elefantes rojos de su pijama, el rubor de la excitación en sus mejillas. Estamos de nuevo en casa.

V

20 de abril de 1989. Había decidido contárselo a mi padre y a Anna personalmente. Cogí el tren en París, luego el autobús y después me tocó caminar un cuarto de hora. Aún no sabía cómo decírselo. Por el camino fui dándole forma, cavilando por dónde debía empezar y por dónde acabar. Hacía casi medio año que me habían dado los resultados en una clínica privada de Manila. No me lo podía creer. Durante meses pensé que habían cometido un error. Sólo después de repetir el análisis tres veces más y una vez que hube hablado con un médico americano, me convencí de que era cierto.

Seguía ensayando cuando llamé a la puerta. No me esperaban. Uno no se presenta de repente, siempre se fija primero una cita. Anna dice que ella, mi padre y Marjolein tienen derecho a su propia vida. La verja se abrió a trancas y barrancas, emitía un chirrido como si se quejara. Caminé por el amplio paseo de entrada hacia la casa, al estilo de los castillos franceses. Anna esperaba ya en la puerta, guareciéndose a medias del viento. Llevaba puesto un pantalón de pana recogido por debajo con unas katiuskas y sostenía una pala y un rastrillo. Al instante me preguntó qué pasaba. Su prontitud me pilló por sorpresa. ¿Tenía que contárselo ya? El asunto concernía más bien a mi padre. Lo llamó a la oficina. Canceló inmediatamente sus citas para ese día y se presentó al cabo de una hora. Nos sentamos alrededor de la mesa imperio del comedor. Mi padre y Anna aguardaban a que arrancase, pero de repente no supe por dónde empezar. De manera entrecortada les conté que desde hacía un tiempo no me sentía demasiado bien, me encontraba alicaído y cansado, continuamente griposo. Como el médico no encontraba nada, me había propuesto que me hiciera un análisis de VIH. El análisis dio positivo.

Mi padre cerró los ojos. Un año antes me había escrito una

carta. «Últimamente se leen cada vez más noticias en el periódico sobre esa terrible enfermedad, el sida. Pienso en ti y espero de todo corazón que ese suplicio se mantenga alejado de nosotros. Ten cuidado».

Me conmovió su preocupación, pero me parecía un poco exagerado. A fin de cuentas, llevaba ya años con Tom y, si alguna vez tenía una aventura, siempre era precavido. Les expliqué que, dadas las circunstancias, no estaba tan mal. El nivel de células T4, los soldados del sistema inmunitario que son aniquiladas por el virus, estaba relativamente bien.

—¿Cuánto? —preguntó mi padre mientras sacaba su agenda.

—Trescientos treinta.

Escribió la cifra en una hoja limpia.

—¿Y qué es lo normal?

—Lo normal son unas mil.

También lo anotó.

—He empezado a tomar AZT. No sabía que pudiera ser tan disciplinado: cada ocho horas clavadas, nunca más tarde, me tomo las medicinas y nunca me salto una toma. Mi vida entera gira a su alrededor: la hora de levantarme y de acostarme, la hora de comer. Como si fuera el reglamento de un soldado. Si estas medicinas funcionan, puedo estar bien durante años. Entre tanto, seguro que sale alguna otra cosa para mantener la infección bajo control. Según algunos médicos acabará por convertirse en algo así como la diabetes.

Que esto sería así, como muy pronto, en el siguiente siglo no lo mencioné.

—¿Sabes dónde te contagiaste? —Con la mano, Anna se apartó un mechón imaginario de delante de los ojos.

—No. —También yo me he hecho esa pregunta miles de veces, pero no sé la respuesta. Siempre había sido precavido. ¿Podría haber ocurrido antes de que supiéramos que existía algo así como el sida? ¿Era posible que alguna vez, sin darme cuenta, algo no hubiera

funcionado correctamente?

—Seguro que fue en Ámsterdam.

—¿Por qué piensas eso, Anna?

—Venga, ya sabes cómo es aquello.

—Y Tom, ¿él también...? —Tanto mi padre como Anna aprecian mucho a Tom.

—No. Tom no se ha infectado, tiene suerte.

Tom se había hecho análisis después de que yo recibiera los resultados. Suspiró aliviado por el resultado negativo, pero al mismo tiempo se sentía poco solidario, me dijo. En cualquier caso, la solidaridad no me habría servido de mucho.

—Tienes una gran responsabilidad hacia él. No puedes contagiarle. Tenéis que tener muchísimo cuidado. —De repente su tono se volvió más duro—, ¿Quién lo sabe?

—Mis amigos de Ámsterdam.

—Eso ya no tiene vuelta atrás, pero Vincent y Marjolein de ningún modo deben enterarse, sería un pesar demasiado grande para ellos. ¡No se lo puedes contar a nadie!

Anna aprobaba con la cabeza.

—Lo pensaré.

Aquella tarde mi padre, en contra de su costumbre, se fue a descansar. Cuando al cabo de un tiempo bajó, tenía los ojos rojos e hinchados. Con todo, no parecía disgustado; estuvo hablando sobre la producción de acero, que no paraba de crecer, sobre sus planes para aumentar las exportaciones y abrir nuevas oficinas. Tal vez sólo fingiera el buen humor para que Marjolein no sospechara que algo iba mal. Ella estaba disfrutando mucho de la visita inesperada aunque le apenaba que Vin no estuviera, hacía mucho tiempo que la familia no se reunía al completo.

Unas semanas más tarde, en el tren, de camino para encontrarme con

Vincent, me torturaba un viejo conflicto: callar o hablar, lealtad a mi padre o lealtad a mí mismo. Entonces no fui yo el afectado directamente por el secreto, esta vez sí. ¿No tenía por eso más derecho para hablar libremente? No sabía y decidí esperar. Mi salud todavía era buena, no había prisa.

Vincent quería enseñarme el puerto; hacía años que yo no pisaba por allí. Mientras estábamos en el muelle bajo la armazón de una grúa enorme que había sido construida en una de las fábricas de mi padre, se lo conté, de repente, sin pensar, sin querer. Lo había soltado antes de que me diera cuenta.

—Vin, soy seropositivo.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué te lo imaginabas?

—La historia esa de irte a Europa porque tienes tuberculosis no tiene sentido. Hablaste de un virus, la tuberculosis no es un virus, es una bacteria de la familia de las micobacterias.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo sé, lo habré leído en alguna parte.

—Según papá no debería contártelo.

—¡Qué tontería!

—¿Entonces he hecho bien diciéndotelo?

—Hombre, por supuesto habría preferido no saberlo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Cómo reaccionó papá?

—Creo que está asustado, preocupado, triste.

—¿Y Anna?

—También está asustada. Me preguntó dónde creía que había pasado.

—Como si eso tuviera alguna importancia. ¿Ya estás tomado AZT?

—Sí que estás informado. Acabo de empezar, cada ocho

horas dos cápsulas. ¿Sabes cómo funciona?, el mecanismo es...

—Ya vale, tengo hambre. ¿Te apetece ir a un chino?

Así que nos fuimos al Happy Dragon y por encima del arroz humeante charlamos de tifones, la capa de ozono y el cambio climático de la tierra.

Durante mucho tiempo Vincent eludió el asunto, era como si nunca se lo hubiera contado. Pero una tarde de primavera, mientras caminábamos por la ciudad, de pronto me preguntó si el AZT daba resultado, si le podía enseñar una de esas pastillitas. Saqué una cápsula blanca y azul del pastillero y la puse en la mano extendida de Vin. Juntos observamos el unicornio, el logotipo de Burroughs Wellcome.

—A veces me imagino cómo revientan las cápsulas en mi sangre y surgen de ellas miles de unicornios en miniatura para hendir el virus con su cuerno.

—¿No es un rollo estar tomando pastillas continuamente?

—No. Se convierte en algo así como hacer pis o respirar. Deja de estar relacionado con el virus, que ni veo, ni siento. Sólo siento la aguja que me pinchan cada tres meses en el brazo para sacarme sangre y poder contar las T4. Rutina, permanecen estables.

—¿Sabes que van a probar un nuevo medicamento? Se llama DDI o algo parecido. En enero van a empezar los ensayos. Tal vez sea una solución para ti en el futuro.

—Vin, estoy alucinado con tu vasta cultura. Sabes casi más que yo.

—¿Casi? ¡Sé mucho más que tú!

VI

Era el último año de Vincent en la escuela secundaria. Una vez que se hubo examinado, cerró para siempre sus puertas el internado donde había estado desde los trece años. Ya no había mercado.

Vin me presentó entonces a los chicos de su pandilla; estaba radiante, un hermano de veinticuatro años que acababa de llegar de Asia y se dedicaba a la fotografía lo hacía también a él un poco especial. Comimos los siete juntos; Vin no llevaba la voz cantante, pero de vez en cuando hacía observaciones atinadas. Después de comer, se empeñó en que viera su habitación. Yo solo, sin los demás chicos. Me maliciaba que había ordenado su «madriguera» a propósito para la ocasión. Las sillas naranjas hacían juego con las cortinas, de las paredes colgaban fotos de la familia además de pósters de una exposición sobre el antiguo Egipto, en la estantería, junto a los libros de texto, había estudios de antroposofía, astronomía, el universo y, por supuesto, los elementos. Era evidente que, tras el examen de reválida, iba a estudiar Meteorología. Quería ir a Wageningen. En el escritorio reposaba el trabajo que estaba redactando, trataba sobre las Islas Filipinas. Quizá pudiera ayudarlo.

El resto de la tarde lo dedicamos a su trabajo. Me llevó a la estación de Driebergen-Zeist. Me asomé por la ventanilla del tren y me quedé saludando hasta que Vin se convirtió en un punto en la lejanía.

En medio de la habitación desierta había seis cajas de cartón. Vin todavía no se había decidido a desempaquetarlas aunque ya llevaba medio año viviendo en Gante. Nunca estudió Meteorología. Cuando llegó a Wageningen resultó que no se había informado bien: allí no se impartía Meteorología. Así que empezó Sociología no occidental. Al cabo de dos años se desentendió; quería hacer Homeopatía en

una escuela antroposófica de Hilversum. Mi padre se opuso, primero debería estudiar Medicina y luego ya podría especializarse. De no ser así, tendría que arreglárselas por su cuenta. Entonces Anna, con su coche con ranchera, ayudó a Vincent a hacer la mudanza de Wageningen a Gante.

—Vin, ¿quieres que vaciemos juntos estas cajas y ordenemos un poco la habitación?

—No merece la pena. No me voy a quedar aquí mucho tiempo.

—Y ¿a dónde vas a ir?

—A Hilversum, está claro

—Pero ¿cómo lo vas a pagar?

—Vamos a dejarnos de preguntas difíciles. ¿Quieres un té?

—Por supuesto.

—Pues vamos al café de la esquina porque mis tazas están en una de esas cajas.

El año de Gante fue un fracaso. Vincent no aprobó ni un solo examen. Al final, mi padre cedió y Vincent se pudo ir a Hilversum a estudiar Homeopatía.

Para mi asombro Vincent me llamó a Manila cuando cumplí los treinta; hacía tiempo que no tenía noticias suyas. Quería saber si el monzón había empezado ya. Le pregunté cómo le iba en Hilversum.

—Eres igual que papá, sólo me pregunta por los resultados académicos.

—No me interesan tus estudios, quiero que me recomiendes algo contra el asma.

—Lo he dejado. Esa panda de niños melencólicos con sandalias no tenía ni idea. Bueno, ¿ha empezado ya el monzón o no?

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Estoy colocado en una empresa de trabajo temporal de Ámsterdam. Oye, voy a colgar, esto me está saliendo muy caro. Como

siempre, feliz cumpleaños.

—Dame tu número, te llamo yo.

Apenas llegué a oír el crujido de la línea, Vincent había colgado.

Navidades de 1987. Era la primera vez que las pasaba allí en mucho tiempo. El ambiente en casa, sin embargo, era como para salir pitando.

Unos días antes, mi padre había hecho una visita inesperada a Vincent y se lo había encontrado en la cama. Hacía poco tiempo que Vin había conseguido una beca y estaba estudiando Historia en Leiden.

En Navidades, mi padre quiso saber cómo empleaba el día. ¿Qué hacía un tipo sano de veinticinco años metido en la cama a las dos del mediodía? ¿No tenía que ir a clase? Vincent no contestó, tenía la mirada fija en la taza de café como si esperase que lo succionara antes de que la lava de reproches lo anegase. Además Anna estaba de lo más molesta por las pintas con que se presentó Vincent: la camisa sin planchar, los vaqueros deshilachados llenos de manchas y los zapatos desgastados con los cordones siempre sueltos. De modo que le compró una chaqueta nueva con un pantalón a juego y una camisa para que tuviera un aspecto «informal, pero a la vez adecuado». A Vincent no le quedó más remedio que probarse. Se paseó desgarbado por la habitación con los brazos y las piernas separados como un espantapájaros andante con un traje de domingo.

Después de la cena mi padre estaba de mejor humor, arrastró una silla hasta Vincent y le preguntó qué estaba estudiando exactamente en ese momento. La historia es su gran pasión, tenía ganas de echar una parrafada sobre los griegos o los romanos, aunque Napoleón tampoco habría estado mal. Pero Vincent contestaba con evasivas.

Le pregunté qué le parecía Leiden, si ya tenía amigos, cómo se llevaba con sus compañeros de clase, si salía a tomar algo de vez en cuando. Pero no saqué mucho en claro. Vincent sólo quería hablar sobre el tiempo. ¿Me había enterado de que nunca jamás había llovido

tanto en Malasia como durante el último monzón mientras que en Indonesia, que no está tan lejos, el tiempo era por el contrario inusualmente seco? ¿Estaba al corriente de los cuatro veranos consecutivos de mucho calor que había habido en Europa? Y ¿qué opinaba del Polo Sur, que había empezado a derretirse a causa del agujero en la capa de ozono? No me quedó otra que guardar silencio, no sé nada sobre el clima.

A la mañana siguiente, una vez que Vincent se hubo marchado, me llamó Anna. Me condujo afuera, donde estaban los contenedores de basura. Sin decir nada, levantó la tapa y asintió con la cabeza: allí, entre los restos del lomo de corzo y del pudín de almendras amargas de la noche anterior, estaban la chaqueta, el pantalón y la camisa que había comprado para Vincent. La nuca de Anna se cubrió de manchas rojas.

En el verano de 1988 Vincent vino por primera vez a Filipinas a visitarnos. Anna le había pagado el viaje con la esperanza de que, después de una escapada así, retomara los estudios con ánimo renovado. Yo me había imaginado que querría salir por ahí conmigo, ir a la jungla para observar animales y plantas. Sin embargo, cuando me enviaron al interior del país para hacer un reportaje, Vincent no me acompañó, le parecía que hacía demasiado calor y prefirió quedarse en casa con el aire acondicionado viendo la televisión. Tom se ocupó de él y se pasó todo el día en danza preparándole comidas y bebidas. Le llamó la atención que Vin, mientras estaba en el baño, lo hubiera llamado una vez, por si no le importaba enjabonarle la espalda. Tal vez se tratara de una costumbre holandesa, pero Tom había trazado en el baño la frontera de su hospitalidad filipina.

Insté a Vin a que enviara una postal a mi padre y a Anna. Pero nunca llegó, creo.

El reloj dio las once en el oscuro despacho del notario. Mi padre, Anna, Marjolein y yo estábamos sentados alrededor de una pesada mesa cubierta con un tapete de damasco. Por consejo de su asesor fiscal, papá había decidido entregarnos por adelantado la herencia. Recibiríamos una parte entonces y accederíamos al resto más adelante, después de su muerte.

Mi padre miró su reloj, Vincent todavía no había llegado. Estuvimos esperando un rato. El notario daba golpecitos con su pluma negra sobre la pila de documentos por los que cada uno de nosotros, unos minutos más tarde, nos haríamos con un patrimonio. Entre tanto, Anna intentó localizar a Vincent. A las once y cuarto firmamos los papeles. Sin él. Luego almorzamos en el único restaurante calificado con una estrella Michelin que posee la ciudad. Más tarde, Vincent negó saber nada de la cita. Por lo visto se le había olvidado que mi padre lo hubiera llamado en persona para ese asunto. Papá estaba muy ofendido por semejante indiferencia hacia el trabajo de su vida, hacia todo aquello a lo que se sentía tan ligado.

Quizá Vincent no se atrevió a acudir porque temiera que le echaran una bronca, quizá fue precisamente su intención darle a mi padre donde más le dolería. O quizá simplemente se hubiese quedado dormido, tras desconectar el teléfono, como tantas otras veces.

En cualquier caso, se concertó una cita aparte para Vincent. Tuvo que ir él solo al notario, mi padre había dejado firmados de antemano los papeles correspondientes.

Hace un año y medio, el 6 de agosto de 1990, Vincent cumplió veintiocho años. Para celebrar la fecha lo llevé al zoológico. Nada más llegar quiso ir al terrario, su atracción favorita. Vin pegó la nariz contra la vitrina de cristal donde una boa *constrictor* andaba serpenteando. Me di cuenta de que había adelgazado un poco y tosía bastante.

—Tienes que poner remedio a esa tos.

—Creo que he cogido frío de sudar por las noches. Algunas veces me despierto con la sábana empapada.

—Pero, Vin, ése es uno de los síntomas. ¿No estarás infectado?

—Pero, bueno, tú estás mal de la cabeza, ¡cómo puedes decir semejante estupidez! Es un simple catarro sin tratar y la sudoración la causa el calor. No todo el mundo es seropositivo, ¿eh?

—Tienes razón, sería demasiado absurdo. Pero, en cualquier caso, tienes que ir al médico para que te vea esa tos.

Más tarde lo llamé para preguntarle qué le había dicho el médico. No le había encontrado nada, lo que me tranquilizó.

Pero el doctor Hoogewegen no había descubierto lo que había.

Anna y yo habíamos quedado para comer con Vincent. A la hora convenida llamamos a su puerta, pero no se abrió. Después de esperar un cuarto de hora, Anna propuso entrar en el piso. Sabía que Vincent escondía la llave en la moldura de la puerta de entrada. A mí me parecía un atentado contra su intimidad, una intromisión inaceptable. Pero Anna pensaba que quizá hubiese ocurrido algo y que tal vez Vincent se hallase dentro. No encontramos a Vincent, pero sí un enorme desbarajuste: pilas de platos con restos de comida putrefacta, ropa, periódicos y revistas tirados por el suelo desnudo, un colchón como cama, ni un solo mueble excepto una silla rota y una mesa con tres cacharros. En lugar de cortinas, delante de la ventana colgaba una manta vieja. El pasillo estaba lleno de botellas de cerveza vacías, la cosecha de meses. El piso apestaba como un vertedero.

Anna se sentó en la silla rota y yo en el colchón. ¿Qué había pasado con todos los muebles que Vincent se había llevado de casa: el escritorio, el sofá naranja y las sillas, la cama, la librería, el aparato de música? ¿Cómo podía vivir ahí? Aquel mediodía Vincent no apareció. Anna y yo comimos solos. Unos días más tarde, Anna habló con él por teléfono. Su cólera se había transformado en preocupación. Le

prometió a Vin que si recogía las cervezas vacías, ella se encargaría de que le llegaran una alfombra nueva y cortinas nuevas. Un mes más tarde las botellas seguían en el pasillo y Anna canceló el pedido de la alfombra y las cortinas.

Con todo, la tremenda suciedad del piso la seguía inquietando: en esas condiciones Vin no podía estudiar bien. De común acuerdo con mi padre, decidió alquilar un piso para Vincent en la trigésima planta de un edificio nuevo en el centro de la ciudad.

A partir de julio el piso estuvo disponible. En octubre Vincent todavía no se había mudado. Le pregunté por qué no se iba al piso nuevo.

—No quiero.

—Pero a Anna le dijiste que sí querías.

—Le dije que no.

—Le dijiste que sí.

—En mis pensamientos le dije que no.

—¡Desde luego, no me extraña que Anna esté enfadada contigo!

—Bien se ve del lado de quién estás.

—Yo no estoy del lado de nadie.

No quise seguir con esa conversación; más tarde, sin embargo, se mudó.

El 20 de noviembre de 1990, a las siete de la mañana, mi padre me llamó. Su voz no sonaba enérgica y decidida como siempre; hablaba despacio, desconcertado, como si no pudiera creerse sus propias palabras. Vincent estaba en el hospital. Había cogido una pulmonía y, por un momento se calló igual que cuando antes nos leía en voz alta, solo que esta vez no era para incrementar la tensión aunque tuviera también ese efecto: Vincent era seropositivo.

—¿Vincent seropositivo? ¿Cómo es posible?

—Se ha acostado dos veces con un chico, un compañero. Me ha

contado que ha sucedido sin que le diera tiempo de enterarse. ¿Cómo puede hacer nadie algo así sin tomar precauciones? ¡Todo el mundo está al corriente! Mis dos hijos, ¡no puede ser cierto!

Vin es gay. ¿Por qué me lo ha ocultado? Es algo que precisamente podíamos haber compartido. Todas las veces que salió el asunto a colación, mis gracias sobre hombres guapetones, mi relación con Tom, mi vida entera, todas esas insinuaciones las ha rehuido una por una. Cuánto debe de haberse reído para sus adentros cada vez que le describía los bares y las discotecas en las que seguro que ha estado decenas de veces.

Hacía poco, incluso, estuve contando a Vin lo diferente que resulta vivir con la espada de Damocles pendiendo sobre tu cabeza. Entonces ya tenía que sospechar algo.

¿Cómo pudo guardar silencio? ¿Cómo pudo pegármela así?

—¿Por qué nunca nos ha dicho nada, Eric? ¿Por qué nunca nos ha dado una oportunidad? De haberlo sabido, yo habría podido evitarlo.

—¿Qué habrías podido hacer para evitarlo?

—Lo habría puesto en guardia con alguna advertencia. Ahora tenemos que esforzarnos al máximo para evitar que enferme.

—Pero, papá, ya está enfermo. Tiene pulmonía y es seropositivo, probablemente ya tenga sida.

—¡No! Esa palabra no se ha mencionado. ¡Esa palabra no se ha mencionado para nada!

Ese mismo día volé desde París a los Países Bajos. Vincent compartía habitación con un anciano. Lo primero que le pregunté fue si efectivamente tenía sida. Se llevó el índice a la boca, su vecino no debía enterarse. Me ovillé en la cama de Vincent y eché la cortina: estábamos sentados en una tienda de campaña de altas sábanas blancas, un wigwam.

—Ahora...

—Sí, tengo sida. No lo habrías pensado de mí, ¿verdad? —Con una sonrisa de triunfo se repantingó en la montaña de cojines.

—Vincent, ¿por qué nunca me has dicho que eras homosexual?

—Papá no lo habría soportado.

—Yo jamás se lo habría contado sin tu permiso.

—Claro que se lo habrías contado, eres incapaz de tener la boca cerrada.

—Aun así, no habría sido un problema en casa. Yo se lo dije a los catorce años, nunca se lo tomaron a mal. Papá y Anna aceptan a Tom como a un auténtico yerno.

—Sí, eso en tu caso, tu eres el mayor. Conmigo es diferente: sus dos hijos habría sido una decepción demasiado grande para papá.

—Y ¿cómo crees que se siente ahora?

—Pero ¿quién es aquí el enfermo? ¿Cómo crees que me siento yo?

—¿Cómo te sientes?

—De maravilla. —Se echó a reír. Nunca había visto tan alegre a Vincent. No parecía que la enfermedad lo agobiara; por el contrario, era como si se hubiera quitado una pesada carga de encima.

—¿Y cómo llevas la idea de que a lo mejor ya no te queden muchos años de vida?

—¿Sabes, Eric?, no soy capaz de compadecerme de mí mismo. Espero poder disfrutar todavía de algún tiempo, unos cuatro o cinco años. Mira, ahora, somos realmente de la misma sangre.

—¡Pero si siempre hemos sido una familia!

—Sí, pero ahora lo somos aún más. Ahora, Eric, podemos ir juntos al médico. Y de bares.

Su buen humor era contagioso. Parecía como si el hermano extraño a quien nunca había conocido de verdad se hubiera esfumado. En su lugar había aparecido un hermano con el que tenía en común

muchas cosas importantes. Estaba contento con esta nueva relación. Era un regalo inesperado. Pero un regalo prestado.

VII

Vincent y yo estábamos sentados en un sofá de la biblioteca pública, con *La enciclopedia práctica sobre el sida* entre los dos, una mitad del libro apoyada en mi rodilla y la otra mitad en la suya. No debía sostenerlo recto porque entonces podrían verlo los demás. La biblioteca se encontraba prácticamente vacía esta tarde. Algo más lejos se estaba un hombre con la boca abierta de par en par como una boca de la verdad donde se pudiera meter la mano.

Vin me dirigió una mirada de desaprobación: estaba hablando demasiado alto. Cuando me callé, empezó a pasar las hojas del libro. Me mostró un foto de una infección de hongos, una paisaje lunar de escamas y bultos. Él lo tenía en vivo. De repente se le olvidaron sus cautelas y sacó la lengua. Vi unas bolitas blancas que parecían trocitos de Roquefort pegados en la carne de color rojo violáceo. ¿También a mí me pasaba? Tuve que enseñarle la lengua. Lo hice a conciencia. Vincent se acercó y entrecerró los ojos mientras escrutaba mi lengua. ¿Me habían salido tal vez erupciones cutáneas? A él el tórax se le había cubierto de manchas rojas que le picaban. Eso tampoco me pasaba a mí.

Vincent estaba decepcionado: yo no quería implicarme a fondo. Mientras ojeábamos el libro me di cuenta de que se conocía todas las infecciones e incluso sabía de memoria qué medicinas había que tomar para combatirlos. Sabía que el *cytomegalovirus* puede provocar ceguera, aunque puede prevenirse con Forcarnet o Acyclovir si se coge a tiempo. El *mycobacterium avium complex* da problemas porque lleva mucho tiempo averiguar cuál es exactamente la afección, que puede causar diarrea. La *pneumocystis carinii pneumonia*, PCP, era la pulmonía por la que le habían diagnosticado el sida. Para evitar una recaída tomaba Bactrim. También puede inhalarse Pentamidine una

vez al mes, pero no alcanza a la parte superior de los pulmones, por eso él prefería Bactrim. La toxoplasmosis, que afecta al cerebro, acaba con uno.

Vin hablaba de estas infecciones con un gracioso distanciamiento, como si se tratara de productos del último catálogo de Wehkamp.

—Por otra parte, todas estas pastillas tampoco son muy saludables, Eric.

—Pero, si no te las tomas, te mueres y eso sí que no es muy beneficioso para la salud.

—No me preocupa para nada morir. De hecho, me parece agradable la idea de irse apagando poco a poco.

Yo estaba desconcertado. Por su deseo de no seguir viviendo, pero, sobre todo, por la facilidad con la que lo admitía. Como si estuviera aburrido. Igual que cuando, de pequeños, en medio de una partida de la oca dejaba de jugar, simplemente porque ya no tenía ganas.

—¿De verdad quieres morir, Vincent?

—No, claro que no. ¿Cómo se te ocurre eso?

Sigo sin saber todavía si existe alguna relación entre Vincent y lo que dice. Tal vez sus palabras lleven una vida propia, independiente de él. Son pelotas que tira al aire y deja caer, les da cabezazos, te las lanza de una patada... Si una de esas pelotas le llega de rebote, no la reconoce ya como suya, todas las pelotas están «porque sí», son independientes, no tienen dueño.

Vincent nos había preguntado si podía venir a nuestra casa por su cumpleaños. Teníamos que adornar su silla, de lo contrario no tendría la sensación de estar celebrando su cumpleaños. Yo no tenía ni idea de dónde comprar guirnaldas de buenas a primeras así que Tom y yo enrollamos papel higiénico rosa y azul claro alrededor de su silla e hicimos lazos con servilletas de colores. No era exactamente igual que

antes, pero Vin se sentó tan a gusto en la silla que olía a madera de pino para recibir los regalos. Yo le había comprado un mapamundi de metro y medio por dos metros y Tom le regaló una enciclopedia sobre meteorología. Cuando se me ocurrió entonar el «Lang zal'ie leven¹⁰», Vincent me dirigió una mirada despectiva.

Poco antes de soplar las velas de la tarta, Vin me contó cómo le gustaría celebrar su siguiente cumpleaños. Todas las personas a las que conocía deberían ir a su piso. Con regalos. Él se quedaría tranquilamente en su cuarto viendo la televisión.

Tuvo que coger aire hasta tres veces para poder apagar todas las velas. Y ni siquiera estaban encendidas las veintinueve.

Mi padre había leído en el periódico que finalmente se había aprobado un nuevo medicamento, DDI. Era preciso que Vincent lo tomara cuanto antes. Hacía poco que había interrumpido el tratamiento con AZT porque le provocaba náuseas y anemia. A través de su médico logré que Vincent consiguiera DDI. Tenía que tomarlo disuelto en agua dos veces al día con el estómago vacío y no podía comer hasta que hubiese transcurrido una hora. Al cabo de tres semanas empezó a sentir un molesto hormigueo en los dedos de las manos y en los pies; quería dejar de tomarlo. Mi padre me llamó preocupado. Me encargó que convenciera a Vin de que continuara. Mi padre quería comer con Vincent, tal vez pudiéramos hablar juntos con él. Así que volé a Los Países Bajos. Antes pasé a visitar a Vincent. Le pregunté si por la mañana se había tomado la dosis de DDI correspondiente. No me respondió.

—Vin, no hay otra cosa en este momento, olvídate de ese hormigueo.

10 «Lang zal'ie leven»: Canción equivalente a nuestro «Cumpleaños feliz», en que se desea una larga vida al homenajeado.

—¡Es muy fácil de decir! ¡No eres tú el que lo siente!
—Es mejor el hormigueo que no sentir ya nada más en absoluto.

—Ya no estoy tan seguro.

—No seas bobo, itómatela ahora!

Se fue a la cocina. Al cabo de cinco minutos, cuando volvió, aún le goteaban unas gotas de agua por la barbilla.

En el restaurante, antes de pedir, dejamos pasar tres cuartos de hora, el tiempo que Vincent debía permanecer en ayunas. Mi padre y yo hablamos de la situación económica. Papá se preguntaba qué iba a pasar con la tasa de interés. Entre tanto Vincent miraba aburrido alrededor. Apenas tocó su tortilla con espárragos, no tenía hambre; me comí su ración. No fue hasta la despedida, una vez que había besado a Vincent, izquierda, derecha y otra vez izquierda, cuando mi padre sacó el tema. Sobre todo encareció a Vincent que continuara con las medicinas. Vincent vería qué podía hacer. Lo dijo en un tono como si no fuera con él, como si se tratara complacer a otro.

Desde aquella comida el interés no ha parado de subir, justo lo contrario de lo que imaginábamos.

Vincent me había traído un libro como regalo de la Semana del libro. Tenía que devolvérselo porque también a él se lo habían prestado. A Tom le había comprado un cartón de cigarrillos en el aeropuerto. Seguro que se me había olvidado contarle que Tom había dejado de fumar hacía poco.

El primer día, Tom se levantó temprano para preparar el desayuno de Vin. En una bandeja puso huevos revueltos con salmón, pan tostado, cruasanes, mermelada, café y zumo de naranja. Además incluyó un jarrón con una rosa, como en los hoteles de lujo.

Un rato más tarde volvió cariacontecido: a Vincent no le había parecido bien, no le gustaba desayunar en la cama. Aquella tarde a

Vincent le entraron ganas de ver la televisión así que cargamos con el aparato desde nuestro dormitorio al salón, pero, pasada media hora, Vincent dijo que se iba a la cama ya que nosotros no hacíamos más que ver la tele.

Estaba saturado del ajetreo de la ciudad y quería oxigenarse así que decidimos ir al bosque. Quedaba a una hora en coche de nuestra casa. Después de haber cancelado nuestras citas para aquel día, cuando ya estábamos tan ricamente sentados en el coche, Vincent preguntó si todavía faltaba mucho. Le extrañaba que no nos hubiésemos quedado en París, no recordaba que le hubiese dicho que estaba a una hora en coche y aquello no le apetecía para nada. Con que nos dimos la vuelta y regresamos a casa, donde Tom, molesto, se parapetó detrás del ordenador.

Vin quería un polo. Pero sólo de sabor a frambuesa. «Si no, mejor no», me gritó cuando ya había salido de casa. Estuve caminando hora y media bajo la lluvia hasta que finalmente encontré una tienda de delicatessen donde vendían polos e incluso tenían uno con sabor a frambuesa. Pero Vincent, después de haberle dado un único lametazo, lo tiró a la papelera; era una porquería de polo de frambuesa.

—Eric, ¿a qué no adivinas qué he encontrado en el rastro? Un disco antiguo de *Ja Zuster, Nee Zuster*¹¹, ¿te acuerdas?

—¡Cómo no me voy a acordar «In een rijtuigie...»¹²»

Cantamos juntos la primera estrofa a través del teléfono. Luego se hizo un silencio.

11 *Ja Zuster, Nee Zuster: Sí enfermera, no enfermera*, famosa serie de la televisión neerlandesa, con guión de Annie M. G. Schmidt y música de Harry Bannink, emitida entre 1966 y 1968.

12 «In een rijtuigie»: «En una calesa», título y comienzo de una de las canciones de la serie.

—Lo malo es que no tengo tocadiscos.

—¡Vaya!

—¿Podría ir a vuestra casa a oírlo?

—Vin, la verdad es que no nos viene muy bien.

—Vaya —dijo con voz queda.

—Ya habrá otra ocasión, entonces pondremos el disco y bailaremos.

—Si es que todavía puedo bailar. Bueno, hasta la vista.

—Hasta pronto, Vin.

Vincent y yo fuimos a Londres, el primero de una serie de destinos europeos. Fue la fórmula que encontré para que ambos estuviéramos a gusto, pero ni en su casa, ni desde luego en la mía, sino juntos de viaje.

Pasamos al lado de una anticuada tienda de lencería femenina. De un salto me planté con los brazos en cruz delante del escaparate, donde sobre seda rojo sangre se exponían sujetadores y bragas ribeteados de encaje.

—Esto no lo puede ver mi hermanito pequeño.

—Venga, Eric. Ya sabes que a mí esas cosas no me impresionan.

Los dos nos echamos a reír. Por la ocurrente réplica de Vin, pero también de alivio. Ya podíamos hacer bromas de aquello que durante años Vincent había silenciado. Ya no había nada que disimular, ya no se interponía nada entre nosotros.

En Copenhague, por primera vez, fuimos juntos de bares. Vin caminaba con el plano de la ciudad desplegado entre las manos y yo con la *Spartacus Gay Guide* bajo el brazo: Sherlock Holmes y el doctor Watson. A la izquierda, segunda calle a la derecha, número veinticuatro. Entré el primero y sólo vi hombres vestidos de cuero negro de los pies a la cabeza: pantalón de cuero, cazadora de cuero, gorra de cuero, botas altas de cuero. Unos llevaban esposas enganchadas al cinturón,

otros iban con zahones. De las paredes colgaban látigos, cadenas y una exótica parafernalia que recordaba herramientas de tortura medievales. Me di la vuelta de inmediato. Vincent, al tiempo que echaba un vistazo dentro, dijo que no llevaba la ropa adecuada.

Entramos en un café, que estaba justo enfrente del bar, para tomar algo. Vincent fue a sentarse junto a la ventana. Pidió una cerveza. Me dio por pensar si sería una buena combinación con el DDI. Bueno, al fin y al cabo, una cerveza no hace nada. Vin estaba mirando a un hombre encuerado y fortachón que entró en el bar. Seguramente sentía curiosidad por lo que sucedía allí.

Vincent me preguntó si había estado alguna vez en un cuarto oscuro. Me hice el loco y le contesté que casi todos los días, para revelar mis fotos. No se refería a ese cuarto oscuro, se refería a ese otro, oscuro como boca de lobo. Él solía frecuentarlos, pero dejaba de ir en cuanto sabía que yo estaba en los Países Bajos. En cierta ocasión palpó en el bolsillo de un pantalón un inhalador para asmáticos, un Ventoline, el mismo que uso yo. Se marchó corriendo de inmediato.

Vincent en el cuarto oscuro en el que unos hombres buscan a otros hombres en una oscuridad artificial, una oscuridad que incrementa la tensión. Me recuerda a la atracción de feria en la que hay una caja cubierta de terciopelo negro con dos agujeros donde uno mete las manos para adivinar lo que siente. Alguien desabotona la camisa de Vincent, le acaricia los pezones, le agarra el culo, sopesa la carne como si fuera un carnicero y le da un azote. Un hombre (¿es el mismo, son dos o tres?) le abre la bragueta a Vincent y le masajea el sexo. Cuando de repente se encienden las luces, todo el mundo permanece rígido, igual que en el juego en el que hay que simular que se es una estatua; si alguien te tira del brazo o te da un empujón, tienes que mantener minutos y minutos la postura en que te has quedado. Entre esas estatuas petrificadas está Vincent con la mano en el bolsillo de un pantalón, ¿en el bolsillo de mi pantalón...? Me recorre un escalofrío.

Aquella noche ya no fuimos al bar, se había hecho muy tarde.

También nos fuimos en busca de aventuras a España. En el paseo marítimo de Sitges había iluminación, pero en la playa, que estaba unos metros por debajo, no; no paraban de ir y venir hombres. Vincent y yo obserbábamos desde nuestro banco y hacíamos comentarios. De repente Vincent se puso a cantar.

—Wat voor weer zou het zijn in Den Haag
wisselvallig met telkens een bui?
Wat voor weer is het daar nou vandaag?
Is het weer voor een vest en een trui?
Is er regen vandaag?
Waait de wind met een vlaag
alle voetgangers weg van het Spui
en duikt iedereen diep in zijn kraag?
Wat voor weer zou het zijn in Den Haag?

¿Es que no conocía yo la canción? Por supuesto, era de Annie M. G. Schmidt. Pero me sorprendía que se supiera de memoria la segunda estrofa entera. La cantamos juntos bajo la mirada extrañada de los «paseantes de la playa», algunos de los cuales todavía llevaban abotonada la bragueta.

Entonces Vincent me contó su secreto: tenía un amigo, Peter, un «frisón negro», al que había conocido en un bar de La Haya. Los primeros meses habían tenido una relación de verdad, por supuesto se habían acostado, pero desde hacía tres años eran sólo amigos.

Peter tiene treinta y ocho años, trabaja en atención a menores y por las tardes estudia en la Escuela de Trabajo Social. Se ha casado dos veces, pero no ha descubierto que es gay hasta más tarde. Vive cerca del Bosque de La Haya, donde acude a menudo a pasear con su

perro, un hush puppie.

Me sentía honrado de que Vincent me hablara en confianza. Me preguntaba qué importancia le concedía a Peter. Lo veía con cierta frecuencia. De vez en cuando también salían a tomarse algo, a bares más bien tradicionales porque a Vincent no le gustan los locales maricones-pachangueros; a Peter tampoco.

¿Quién es este Peter? ¿Quién puede ahora hacerse amigo de Vincent de manera espontánea? ¿O se trata de un proyecto para la Escuela de Trabajo Social?

En una tienda de Kurfürstendamm Vincent se puso a hojear un libro sobre reencarnación.

—¿Crees en la reencarnación, Vin?

—¿En vivir de nuevo? ¡claro que no!

—¿Qué crees que hay después de la muerte?

—No tengo ni idea y ¿tú?

—En realidad, tampoco lo sé, pero siempre se sale ganando.

Si no hay nada, ya no te vas a enterar y, si hay algo, entonces lo ves. Es una gran aventura.

—Una aventura, vale.

—Yo quiero un entierro con mucha música y flores. Y que nadie vaya vestido de negro. Y ¿tú?

—No es un asunto que me preocupe; de hecho me resulta indiferente.

—¡Qué raro que te deje frío tu propio entierro!

Vin se rió entre dientes por el involuntario juego de palabras. Mientras continuábamos con nuestro paseo por Berlín, me propuso que el primero que muriera hiciera una señal al otro desde el más allá. Pero ¿cómo llevarlo a la práctica? Vincent le daba vueltas como si estuviera buscando la solución a un problema doméstico corriente.

—Seguro que identifico tu señal en cuanto la vea.

Me di cuenta de que había metido la pata en el mismo momento en que lo dije. Sin embargo, Vincent no lo notó. Seguía devanándose los sesos con la señal: golpes en la pared, voces en la noche, unos caracteres en trozos de papel, todo nos recordaba a un castillo inglés encantado y en seguida nos entró la risa floja.

—Si se descubriera ahora algún medicamento y ya no nos fuéramos a morir, al menos no de sida, ¿qué harías entonces?

La risa desapareció inmediatamente de su rostro y me miró como si le hubiera abofeteado.

—Ya basta, no puedo pensar en eso. Me tiraría por la ventana.

—¿De verdad, Vincent?

—Por supuesto que no, pero para ya con esas estúpidas preguntas; me apetece un *Kaffee mit Kuchen*.

Así que caminamos hasta una Konditorei, donde pedí tarta de manzana para Vincent, tarta de manzana con mucha nata.

—Me ha pasado una cosa rara, Eric. Ayer fui al Bijenkorf para comprar unas copas de vino, para los invitados. De repente me entraron ganas de llorar. Como no había ninguna silla cerca, me fui a sentar a una tarima con tazas de té y café. Fue un momento, ¿sabes?, en seguida se me pasó. Extraño, ¿no?

No sabía qué decir. Vincent había llorado y yo no estaba allí para consolarlo.

Habíamos hecho un repertorio de dolencias para llevársela al especialista: náuseas, dolores musculares, décimas de fiebre, sudoración nocturna, hongos en la boca, dolor de cabeza, flojera de piernas, picor por todo el cuerpo y cansancio, sobre todo cansancio.

Llamé a un taxi. Vincent quería salir con el pantalón del pijama, un jersey y las zapatillas, a pesar de que estaba helando. Lo enfundé en su abrigo, le puse una gorra de lana marrón en la cabeza y, alrededor

del cuello, le enrollé la bufanda que le había hecho Anna.

Se quedó sentado en la sofocante sala de espera tal cual, como un muñeco de nieve vestido. Mi madre siempre decía que en el interior de un local había que quitarse el abrigo porque, de lo contrario, al salir no tenías nada más que ponerte así que ayudé a Vincent a quitarse el abrigo.

La médico de Vincent era desabrida y distante. Le preguntó si sentía molestias. Vincent sacó el papel arrugado del bolsillo del abrigo y leyó la lista como si se tratara de los ingredientes de un guiso. Los síntomas eran normales: le prescribiría una crema para el picor y unas pastillas para los hongos.

Vincent tuvo que desvestirse. Conservaba todavía un cuerpo hermoso de hombros anchos y cintura estrecha, salvo las piernas, un poco delgadas. La médico le dio unos golpes en el pecho y le examinó con el índice los ganglios linfáticos. Los tenía algo hinchados. Observó, en las piernas y los pies, las marcas del sarcoma de Kaposi, un tipo de cáncer de piel que aparece asociado con frecuencia en las personas infectadas por VIH. Vincent podría haberse cortado las uñas.

Le pregunté si tenía el resultado del análisis de T4 de Vincent. En aquel momento, eso no le parecía tan importante. Aún así, insistí en que nos lo dijera. Hojeó unos papeles: «Diez». ¡Dios mío! Hacía unos meses todavía eran ochenta. Vincent se limitó a enarcar las cejas. Cuando salimos le propuse que fuéramos al cine. Siempre que voy al médico, planeo una actividad entretenida para la salida. Vincent no quería ir al cine. Le parecía que era un ardid mío para evitar hablar con él. Tampoco le apetecía ir a un restaurante japonés, ni tenía ganas de tomarse un café, ir a un museo le parecía agotador y dar un paseo en lancha por los canales sólo serviría para marearle. Ni siquiera quería ir al zoo. Se marchó a casa.

—Tú puedes ir a dar una vuelta; al fin y al cabo, todavía eres un joven holandés sano.

—¡Déjate de cuentos! He venido *ex profeso* desde París para ir contigo al médico.

—¿Acaso te lo he pedido?

—Me llamaste para decirme que te gustaría que alguien te acompañara.

—Alguien, sí, pero no tenías por qué ser tú a la fuerza.

—Y ¿quién si no?

—Alguien, sin más, no importaba quién.

Estaba a punto de largarme cuando Vin me agarró de la manga para no resbalarse en la acera cubierta de hielo. Deslizándonos llegamos de la mano a la parada de taxis.

Antes de que pudiera coger el teléfono, ya lo había agarrado Vin desde la cama. Era Peter, me mandaba saludos: sentía no poder venir aquel domingo.

A pesar de todo el tiempo que había pasado con Vincent durante los últimos meses, todavía no había conocido a Peter. ¿Era casualidad que nuestras visitas no coincidieran? ¿Nos mantenía Vincent, como una hábil cortesana, apartados adrede? Vincent me contó que la semana anterior Peter había estado estudiando en su casa mientras él descansaba. Me imaginaba la escena: Vincent estaba metido con bata y todo debajo de las mantas, la puerta del dormitorio que da al salón se hallaba abierta, Peter se encontraba sentado en el escritorio inclinado sobre sus libros y la única lámpara encendida era la que pendía sobre su cabeza. Cada uno en su lado del piso. Aparte y, sin embargo, juntos.

Vincent me llamó, pero cuando llegué a su dormitorio, ya era demasiado tarde. Estaba de pie junto a la cama, medio inclinado, con las piernas abiertas y los brazos algo separados, como un marinero mareado al que no le ha dado tiempo de sujetarse a la barandilla. La mierda, de color marrón claro, le escurría por el pijama hasta el suelo.

Le quité el pantalón y lo metí en la lavadora junto con las sábanas. Vin seguía de pie desorientado, como si no entendiera lo que le había sucedido. Mientras tanto le froté las piernas con un jabón desinfectante. Restregué hasta que gritó. ¿De dónde salía tanta caca? Llevaba ya cinco días sin comer. ¿Tal vez había ido a escondidas a la cocina por la noche?

Le hice la cama con sábanas limpias y le puse el pijama azul y rojo con el anuncio del Monte Carlo Racing Team en grandes letras en la parte delantera.

—Eric, ¿no crees que ya ha llegado el momento de que me ingresen? —Lo había solicitado hacía ya unas semanas.

—Sí, Vin. Creo que ya ha llegado.

El doctor Beetsma le preguntó cuándo se había tomado las medicinas por última vez. Vin se encogió de hombros.

—¿Cuándo, señor Brautichem?

—Hace seis semanas.

—Nunca, pero es que nunca, puede dejar de tomar los antibióticos sin consultarnos primero. A la vista tiene las consecuencias.

El doctor Beetsma atravesó la habitación de dos zancadas.

—Es un hombre difícil —comentó Vincent.

Cuando llegué al pasillo, el doctor ya se había esfumado. Di un golpe con la mano en la pared. Resonó el eco. En las yemas de los dedos sentí el frío de los azulejos blancos, que resplandecían despiadadamente. Me vi a mí mismo: una cabeza redonda, unas gafas redondas, una boca redonda; todo era redondo en el cuadrado blanco.

Había que terminar con esos jueguecitos. Le diría a Vincent que, si volvía a mentirme una vez más, se las arreglase él solo; tenía otros asuntos de los que ocuparme. Miré por el ojo de buey de su puerta. Estaba tumbado, un pajarillo caído del nido, con el cuello torcido sobre las almohadas demasiado grandes, los ojos hundidos en las cuencas y los pómulos afilados en el rostro macilento, sin afeitarse.

Abrí la puerta y me senté junto a la cama.

—Tienes razón, Vin. El doctor Beetsma es un hombre difícil.

VIII

Oigo el nombre de Vincent. ¿O es el mío? El doctor Beetsma está en el vano de la puerta. Me pregunta si tengo un momento y me precede hasta el despachito de la sección.

Seis taburetes forman un círculo en un juego de sillas interrumpido. En un rincón hay una bolsa de viaje de la que sobresale un palo de hockey, una fotografía de la ciudad cuelga de la pared, en un cartel hay pinchados varios gráficos, uno, clavado con una chincheta, se balancea. Sobre un escritorio se encuentran unas pilas de documentos. ¿Estará el informe de Vincent entre ellos?

Con un gesto el doctor me invita a tomar asiento, él coge una silla y la pone junto a la mía. Me sorprende lo joven que es, tiene más o menos la misma edad que Vincent, unos treinta años. Lleva un pantalón de pana beige y unos zapatos Van Bommel marrón oscuro. Su cabello rubio se ensortija con el cuello alzado de la bata. Un joven cuya vida transcurre con tanta facilidad y fluidez como la piel de sus brazos ligeramente bronceados con pelillos rubios: desenfadado y a la vez correcto.

El doctor Beetsma está preocupado por Vincent; parece que no reacciona a los tratamientos. El doctor sostiene una radiografía del cerebro de Vincent delante de la caja de luz que hay en la pared. Con el bolígrafo señala una nuez cortada por la mitad. La toxoplasmosis se ha extendido considerablemente y está provocando una meningitis. El boli rodea una parte de la nuez que está envuelta en una telaraña de algodón de azúcar, un velo tupido sobre el paisaje de un planeta lejano. Hace algún tiempo me habría gustado echar un vistazo a la cabeza de Vincent, pero nunca me habría imaginado que sucedería de esta manera.

—¿Qué podemos hacer?

—Su hermano recibe ya la dosis máxima de dos tipos de antibióticos. Hasta el lunes no sabremos si el tratamiento está dando resultado; entonces me pondré en contacto con su especialista.

—¿No es posible hacerlo ya?

—Es viernes por la tarde.

El doctor Beetsma se observa las uñas.

—Entre tanto hemos dado la orden de que se advierta a los familiares próximos.

Siento que el estómago se me sube a la garganta como cuando un avión entra de repente en una zona de turbulencias.

—Por supuesto, no podemos asegurar nada, pero no queremos correr ningún riesgo —señala con una sonrisa de disculpa.

No logro entender ni media palabra: esperan tranquilamente hasta el lunes; no pueden evaluar la situación, pero no dudan en prevenir a la familia. ¡Esto es de lo más ridículo! ¿Qué hacemos en manos de ese pipiolo? Me entran ganas de borrarle la sonrisa de un sopapo, de estrechar mis manos en torno a su laringe, de obligarle a que se trague sus palabras. Entonces veo cómo el médico, igual que si fuera un colegial nervioso, golpea la pierna izquierda con la derecha y la derecha con la izquierda. Veo cómo estira el cuello para liberarlo de mi agarrón imaginario. Da vueltas una y otra vez al bolígrafo como si intentara recordar un juego de manos, un gesto que el doctor Beetsma no puede controlar. Aparto mis manos de su garganta.

—¿Qué posibilidades tiene Vincent?

—Es difícil de decir. Si los medicamentos funcionan, tendrá posibilidades de recuperarse.

—Y ¿si no?

—Entonces el desenlace podría llegar bastante pronto.

Bastante pronto ¿cuánto tiempo es? Esta pregunta no me atrevo a hacérsela.

—Insisto, no puedo asegurar nada.

Y ¿quién si no? Parece una conversación sacada de una pesadilla. Al despertarte sobresaltado, tienes la sensación de que todo ha ocurrido realmente, sigues oyendo las voces y sigues viendo las imágenes ante ti aunque sepas que nunca han ocurrido en realidad. Eso es lo que parece semejante conversación. Pero al revés. Sé que está ocurriendo, casi puedo tocar con mi rodilla la gruesa ondulación del pantalón del doctor Beetsma, oigo su voz afectada, veo la radiografía de la nuez brumosa. Pero no puede ser de verdad, sólo es un sueño.

—¿Qué siente Vincent ahora?

—Probablemente su hermano esté un poco amodorrado a causa de la toxoplasmosis, como si hubiera una pared entre él y el mundo.

—¿Puede oírme Vincent a través de esa pared?

—La experiencia nos ha enseñado que incluso la gente en coma puede oír lo que se dice.

—¿Qué debo hacer yo?

—Cogerle la mano, acariciarle la mejilla.

¿Me lo parece o el doctor Beetsma se ha ruborizado de verdad? Oigo a Vincent que dice: «Coger la mano, acariciar la mejilla: a mí, de ningún modo». No le gusta el contacto físico, basta con rozarle para que se crispe.

—¿Siente dolor?

—No creo, pero en el momento en que su hermano empiece a sentir dolor, le pondremos morfina.

—Pero ¿cómo podemos averiguar si tiene dolores si no reacciona de ningún modo?

—Claro, eso es siempre difícil. Para cualquier otra pregunta que tenga, no dude en consultarme. Es conveniente que esté aquí una persona de la familia, pero nadie más.

—Muchas gracias, doctor Broeksma.

—Beetsma, me llamo Beetsma.

Regreso lentamente a la habitación de Vincent. Cualquier otra pregunta que tenga... Tengo miles de preguntas. La más apremiante: ¿qué he de esperar? ¿He de esperar que Vincent salga de ésta? ¿Que se restablezca para que dentro de unos meses vuelva a contraer una infección? Aunque también es posible que Vincent disfrute aún de bastante tiempo. Entonces podríamos hablar. Podría contarme qué le ha pasado mientras se encontraba en este estado, podría decirme si quiere que le coja la mano o que le acaricie la mejilla.

En ese caso, ¿podría creerle o volvería a ocurrir lo de siempre: Vin dice una cosa y a la frase siguiente afirma justo lo contrario?

¿He de esperar que el desenlace se produzca en breve? ¿Y entonces? Entonces Vincent ya no está. ¿Cómo demonios voy a imaginarme eso? ¿Cómo puedo formarme una imagen de la ausencia de Vincent? Definitivamente ausente.

Vincent se quedó sin resuello, ya no podía más. Estábamos subiendo una colina cerca de Lisboa, de camino a un castillo medieval. Tuve que continuar solo. Entre los árboles, lo vi sentado en el borde de un pozo de piedra, pálido y demasiado delgado para su chupa de cuero. Daba patadas a un montoncillo de hojas otoñales, un niño desamparado. Me entraron ganas de bajar corriendo por la colina y estrecharlo con fuerza. Pero continué hasta la torre del castillo de Sintra e hice un montón de fotos. Quería compartir con Vincent lo que estaba viendo. Sin embargo, el rudo esplendor de las colinas verdes que de manera casi imperceptible se sumergen en el Océano Atlántico no se deja apresar, puedo recrear el paisaje, potenciar el color con los filtros de la lente, puedo intentar resaltar las líneas, pero en realidad la vista llega mucho más allá. Vincent quería saber qué había visto, si había merecido la pena, insistía en que se lo contara todo. Le mentí: un paisaje como cualquier otro.

Después de haber revelado las fotos, dudé en enviárselas. ¿Le

serviría realmente de algo? ¿Le sentaría bien ver qué se había perdido?

Sólo hace una semana que le mandé las fotografías de modo que estarán en casa esperándolo.

Vuelvo a la habitación de Vincent. Mientras estaba fuera, le han introducido una sonda por la nariz para alimentarlo y suministrarle las medicinas. Le provoca hipo. Su cuerpo se agita como si recibiera descargas eléctricas. Me siento junto a la cama. Vincent levanta la mano.

¡Me reconoce! Se me acelera el corazón. Pero no, muy lentamente se lleva la mano a la mejilla como cuando regresas del dentista sin que se haya desvanecido el efecto de la anestesia: no te notas la mejilla con la lengua, por eso quieres asegurarte de que todavía está ahí. Sus dedos se mueven a cámara lenta hacia la sonda de la nariz. ¿Le molestará el tubo? Su cuerpo se estremece con un nuevo ataque de hipo.

—Eric, si pudieras elegir: firmar por cinco años en condiciones, pero que, al cabo de ese tiempo, todo se acabase definitivamente o jugar tus cartas tal como están las cosas ahora, ¿qué harías?

—No lo sé, ¿tú?

—Firmaría. Y ¿si te garantizarasen diez años?

—¿Diez años? ¡Menuda eternidad! Pero ¿qué pasaría si en ocho años apareciese una combinación de fármacos con la que pudiera tratarse el sida como la diabetes? Todos los seropositivos se pondrían a dar saltos de alegría excepto yo. En ese caso me habría condenado a muerte sólo por un anhelo de seguridad.

—¡Oye, que sólo era un juego! Y, además, un juego un poco tonto. Venga, Eric, cambia de tema.

Le miro a los ojos. Veo las motitas y las manchas grises en el iris azul claro y la pupila redonda y oscura. Quiero sumergirme en ellos

con todo mi peso, quiero retener a Vincent con la mirada. Mientras lo esté mirando, no puede desaparecer.

IX

Aquel día se presentó el fotógrafo. Era un hombre bajito que ocultó su cabeza calva con orejas de soplillo detrás de la enorme maquina fotográfica de reluciente flash. En cuanto vio la cámara, Vincent cerró con fuerza los ojos y se tapó los oídos con los dedos.

Mamá llevaba el vestido beige que habíamos comprado juntos. El modisto le dijo en aquella ocasión que tenía una espalda magnífica. Mamá se ruborizó; a mí me pareció un baboso. Tenía puesto el collar de perlas de tres vueltas con el broche de brillantes que papá le había regalado no hacía mucho. ¿De verdad no sospecharía nada con todas las joyas y abrigos de pieles que había recibido hacía poco? Papá recolocó el collar con cuidado, como un escapatista: el broche, muy caro, tenía que resplandecer en la foto. Mi madre estaba sentada en su sitio, en el banco rojo, con un libro en la mano: le horrorizaba que le hicieran fotografías. Me senté a su lado y quise pasarle un brazo alrededor para la foto, pero hizo un movimiento con el hombro como si se sacudiera algo molesto. Vincent se sentó al otro lado. Papá se quedó de pie un poco apartado de nosotros, muy preocupado por escenificar el retrato perfecto. No salió en la foto.

Tenía que recitar un poema para la primera clase de la escuela secundaria. Mamá cogió un volumen de la estantería, la cubierta azul claro estaba algo deshilachada y las hojas ya amarilleaban. Su hermano, que era escritor, se lo había dado durante la guerra. El volumen se llamaba *Laaste verzen*¹³ de Jacqueline van der Waals. Pasó algunas

¹³ *Laaste verzen*: Últimos versos, obra póstuma de la poeta J. Van der Waals, publicada en 1922, donde la autora, conocedora de su inminente final a causa de un cáncer de estómago, reflexiona con un profundo sentido religioso sobre la muerte y entona un canto a la vida.

hojas hasta que encontró un poema que le pareció apropiado, «Desde que lo sé». Trataba sobre una mujer que desde que «lo» supo, «a pesar de que entre nosotros con todo cuidado se evite pronunciar la enojosa palabra», disfruta intensamente de la «belleza y la dulzura de todas las cosas».

A mí el poema me parecía precioso, pero no sabía qué decir. ¿Fue un ardid de mi madre para que me diera cuenta de que ella también lo sabía? ¿Y que ella sabía que yo lo sabía? Estuve a punto de empezar a largar, de preguntarle si por eso le gustaba pasear sola por el jardín, si por ese motivo le agradaba sentarse a solas en la tumbona debajo del tilo. Pero ¿y si había sido una casualidad?, ¿y si le parecía bonito por el vocabulario, el ritmo, la rima? ¿Y si no lo sabía en absoluto? Le dije que el poema me parecía un poco anticuado: «el ambiente vaporoso y aromatizado por las tibias vaharadas»; que algo más moderno quizá se prestase mejor a una declamación escolar. Tal vez fuera yo todavía demasiado joven, pensó mamá, seguro que con el tiempo comprendería mejor el poema.

Me encontraba continuamente cansado, pero por la noche no podía dormir. Durante el día estaba taciturno y retraído. Si había algo que me contrariase y sobre lo que no pudiera hablar con ella, tal vez podría hacerlo con nuestro médico, me propuso mi madre. Fui a ver al doctor Hoogewegen.

—¿Seguro que no debemos contárselo?

—¿Sobre qué hablas? ¿Qué es lo que debemos contarle?

—Que tiene cáncer, que se va a morir. —Por primera vez en dos años y medio había pronunciado en alto aquellas palabras. El médico apoyó su brazo en mi hombro.

—¿Cómo crees que te sentaría saber que vas a abandonar a tus hijos?

Me pareció horrible. Dejé de darle vueltas al asunto y me tomé

por la noche las pastillas que el médico me había recetado.

Tenía casi quince años el día en que entré en la habitación de mi madre mientras ella había salido a hacer unos recados. Se había comprado una pequeña caja fuerte a propósito para las medicinas. Aquella tarde la caja no estaba cerrada. Cogí una pastilla de cada una de las ocho cajas rosas, dos de cada una de las seis cajas azules y además un puñado de pastillas de un tubito de cristal.

Durante tres días estuve en peligro de muerte. Cuando recobré el sentido, el primer olor que me llegó fue el de Arpège. Mamá se había echado de más con la esperanza de que me reanimara; llevaba puesto un traje rojo de Chanel que a mí me parecía que le quedaba de lo más elegante: mi madre me había traído de nuevo a la vida.

Vinieron muchas visitas al hospital: familiares, amigos y profesores del colegio. Un profesor me preguntó si mi intención había sido dejar solo por completo a mi hermano pequeño. No, por supuesto que no, pero no había pensado en ello cuando me tomé las pastillas. De hecho no había pensado en nada, sólo quería deshacerme de aquella desazón.

En el colegio, el cura que nos daba ética dijo que yo era un niño mimado al que le hacía falta una buena tunda espiritual. Yo no sabía cómo imaginarme aquello. Azotaina del cura: pim-pam, azote en una nalga espiritual, azote en la otra.

La criada me contó que a mi madre le parecía fatal que lo hubiera hecho con sus pastillas.

No entendía lo que parecía fatal a mamá: ¿que hubiese profanado su intimidad? ¿que, al igual que unos años antes, hubiese entrado en su habitación, entonces en busca de su Arpège y esta vez de sus pastillas? ¿o es que, al usar sus pastillas, indirectamente la había hecho cómplice como quien coge la escopeta de caza de su padre para pegarse un tiro en la cabeza?

¿Tendría que haber usado mis propias pastillas?

Papá lloraba junto a mi cama en el hospital. ¿Por qué había querido quitarme la vida? Difícilmente podía decirle que todo venía por el voto de silencio, el secreto por el que se me había apartado de mi madre mucho antes de su fallecimiento.

Mi padre nunca le contó a mi madre lo crítica que había llegado a ser mi situación. Algunas semanas más tarde, en casa, mamá se empeñó en bañarme. A su juicio, en el hospital no le limpiaban bien a uno. Me sentía incómodo en el agua templada mientras ella me frotaba los hombros con una esponja. Se había enterado de lo grave que había estado, me dijo. De noche había oído llorar a papá por lo bajo.

Los vi ante mí: mis padres, cada uno de lado, dándose la espalda sin poder compartir su pena.

Vincent salió a mi encuentro cuando, después de tres semanas en el hospital, recorrí el camino de entrada arrastrando los pies. Me dio un beso y me dijo que no debía irme nunca más, que era muy triste quedarse solo. ¿Me apetecía montar a caballo con él? Vin me prometió que se me agarraría fuerte con los dos brazos; sería un auténtico vaquero a lomos de la estatua.

Pero yo todavía estaba un poco débil para jugar. Primero tenía que recuperar fuerzas. Por eso, mamá se pasó todo el día preparándome sándwiches de queso con piña. Aguantó de pie, con el delantal puesto, inclinada sobre la tostadora con su panza y una mano a la espalda.

No tenía ganas, pero intenté comer tantos sándwiches como pude. Tenía que reponerme rápidamente porque todavía me quedaba mucho bien por hacer.

X

El invierno de 1971 fue relativamente suave. Un día, mamá, Vincent y yo salimos de paseo por el Laan. Mamá llevaba un abrigo de color salmón suelto sobre los hombros. Yo la sujetaba del brazo, le costaba avanzar. Vincent remoloneaba por detrás de nosotros.

La vecina estaba en el jardín.

—¿De cuánto está? —preguntó al tiempo que se inclinaba ávida por encima del seto pelado. Me entraron ganas de escupirle a la cara.

—¡No, qué va! No estoy embarazada.

Mientras nos volvíamos poco a poco, mamá me preguntó:

—¡Jobar! ¿Es que estoy tan gorda?

—Para nada, ésa está loca —repliqué furioso.

Aquella fue la última vez que mamá salió de casa.

La casa estaba más silenciosa que de costumbre. Mamá ya no se levantaba de la cama. Papá se quedó abajo viendo la televisión. Le di un beso de buenas noches y empecé a subir. Por la escalera de caracol vi que la puerta del cuarto de Vincent estaba abierta. Mamá se encontraba dentro. Poco a poco se inclinó hacia delante y besó a Vincent en la frente. Con una mano apoyada en el cabecero de la cama y sujetándose con la otra en la pared, se quedó inmóvil en esa postura. No tenía fuerzas para erguirse de nuevo. Debería haberla ayudado, pero no lo hice. No le gustaría que lo viera, le resultaría violento, así que me fui corriendo a mi cuarto.

Me encontraba debajo de la escalera de caracol de madera. Estaba mirando las piernas cubiertas con el pantalón blanco que, paso a paso, descendían al revés por la escalera. Observaba la parte inferior de la camilla con la manta bien sujeta mediante una tira de cuero para que

no se saliera.

Lentamente la camilla bajó por la escalera. En primer lugar vi las manos de mamá, que sujetaban un pañuelo de papel hecho un gurrño, luego vi sus brazos con la chaqueta de lana. Antes de que hubiera bajado del todo, me volví y salí corriendo al jardín. No me apetecía que se diera cuenta de que la observaba en esa penosa situación.

Papá me dio permiso para ir al hospital. Ya tenía quince años. Vin sólo tenía nueve, era demasiado pequeño. Fui solo en el tranvía. Mamá estaba pálida y hablaba tan bajo que apenas podía entenderla. Me senté junto a su cama sin saber muy bien qué decir. Por suerte entró una enfermera. Se percató de que la colcha de mamá estaba deshilachada: la semana siguiente le pondrían una nueva.

Mamá susurró que no esperaba quedarse tanto tiempo. Sólo me dejaron estar cinco minutos con ella para que no se fatigara. Cuando ya estaba en la puerta, me dijo:

—Cuídame a Vincent.

Fuera empezó a nevar ligeramente.

Vincent y yo oímos que el coche de papá estaba entrando en el garaje. Esperamos en el office a que viniera a darnos un abrazo. Pero no entró, subió sin detenerse.

Lo seguimos arriba por la escalera de caracol. Cerró la puerta del dormitorio justo antes de que llegáramos. Vin y yo nos quedamos sentados en un escalón. Con los brazos entrelazados esperamos a que se abriera la puerta. De repente, a través de la doble puerta, oímos un grito como si alguien fuera succionado en un pantano. Vincent me miró con los ojos como platos de espanto y duda. Nos precipitamos escaleras abajo y corrimos a nuestros sitios en la mesa. Un cuarto de hora más tarde bajó papá. Parecía como si estuviera resfriado. Esa noche iba a cenar con nosotros.

La respiración se volvió irregular y pesada, como si tuviera que atrapar el aire. Papá me dijo que, si me apetecía, podía cogerle la mano. Observé los dedos de mi madre con las pecas, las uñas pintadas de rosa, el anillo del brillante y el nomeolvides de oro en la muñeca. Titubeante dejé mi mano sobre la suya, era la primera vez. Al punto retiró su mano. «Está claro, lo sabía, no le gusta», oí una voz en mi interior. «No sabe que eres tú», dijo otra voz, «cree simplemente que es algo desagradable que se ha posado en su mano, una mosca o algo así».

Mi padre y yo pasamos mucho rato sentados junto a la cama.

De repente a una bocanada no le siguió ninguna otra. No le siguió nada. Como si tuviera que ser así.

Papá me agarró fuerte. Miré sus cabellos, tres a la derecha, uno a la izquierda.

—Vincent, mamá ya no va a volver, ahora está en el cielo.

Vincent se soltó de mis brazos.

—No lo he hecho, no lo hecho. He estado toda la tarde fuera jugando.

Subió corriendo por la escalera a su habitación. Lo seguí, pero había cerrado la puerta con llave. Llamé, primero suavemente, luego con fuerza. Aporreeé la puerta, lo llamé a gritos. Vincent no abrió. Papá estaba abajo sentado en el sillón de cuero con las manos delante de la cara. Daba la impresión de que nunca iba a dejar de llorar.

Para cenar había pollo con patatas y compota de manzana. Era la noche anterior al entierro. En cuanto Vincent vio su plato favorito, el labio inferior le empezó a temblar. Aquella era una comida de fiesta, no estaba bien, no se trataba de ninguna fiesta ya que mamá estaba muerta. Se levantó de la mesa.

Mi padre dijo que volvería por sí mismo. Al cabo de un cuarto de hora, Vincent se acercó sin decir palabra y, con cara de disgusto,

picoteó del plato algunas patatas.

Vin y yo debíamos despedirnos de mamá. Tuvimos que ponernos el traje de los domingos. Vincent llevaba el abrigo gris con el cuello de terciopelo negro que había ido a comprar todavía con mamá. «Pareces un príncipe», le había dicho.

Papá se compró a propósito para la ocasión un abrigo oscuro y un bombín en Baronet. Cuando comentó que era para el entierro de su esposa, el vendedor lo miró espantado. Yo debía comprarme un abrigo negro, pero tenía que ser amplio para seguir usándolo más adelante.

Nos dirigimos en el Cadillac a la capilla ardiente del hospital. Entramos algo temblorosos. Vincent señaló el ataúd. Aquella no era mamá en absoluto. Me callé, pero entendía lo que quería decir: la muñeca de cera con los ojos hundidos y la boca medio abierta no tenía nada que ver con mi madre.

En el cementerio había cientos de personas, algunas estaban de pie entre las lápidas, había incluso quien las pisaba. El féretro estaba colmado de lirios, rosas y coronas con cintas de seda. Por la mañana, Vincent y yo habíamos comprado un ramillete de freesias blancas para ella. Antes de dejarlo sobre el ataúd, olí por un instante el ramo.

Caminamos detrás del féretro: papá con su elegante abrigo y el bombín, yo con mi nueva adquisición, demasiado grande, Vincent entre los dos. Detrás de nosotros venían los miembros de la familia, los amigos, los conocidos y los contactos laborales. Los caballeros, con traje oscuro y corbata negra; las señoras, con traje de chaqueta y medias oscuras. Algunas llevaban un velo negro.

Polvo eres y en polvo te convertirás, el ataúd se hundió en el agujero oscuro. Cada uno de los presentes debía echar a continuación una paletada de tierra. En primer lugar mi padre, que con un movimiento solemne arrojó la tierra al ataúd, luego yo, rápido y breve. Me

volví con intención de dar la pala a Vincent, pero había desaparecido. Todo el mundo miró alrededor. No aparecía por ninguna parte. A continuación una tía con un gran sombrero negro cogió la pala y la volteó sobre la tumba abierta.

Encontramos a Vincent más tarde. Se había apartado un poco de la multitud y miraba hacia los árboles del cementerio. Por supuesto, con el pulgar en la boca.

Ya no estaba. No obstante, me daba la impresión de estar cometiendo una desfachatez al abrir su ropero. Acaricié los vestidos de seda, olí los trajes de chaqueta, aspiré el olor de mamá. Algo tendría que ocurrir a continuación. Sin embargo, no sucedió nada.

En los cajones de su mesilla encontré dos paquetes con nuestros nombres. Por esa época del año solía hacer un viaje con mi padre y siempre nos traía un regalo de vuelta. Esta vez lo había comprado antes de partir. El paquete de Vincent era alargado, estrecho y pesado; parecía como si contuviera un telescopio. Desgarré el papel de mi regalo: *Laatste verzen* de Jacqueline van der Waals. «Para Fien en su vigésimo cumpleaños, 15 de marzo de 1944, tu hermano Ben», ponía en la primera página con una tinta azul oscuro. Debajo había una breve raya a bolígrafo. ¿Era el bolígrafo de mamá? ¿Me estaba confiando un cometido?

Hojeé su agenda. Había anotaciones y citas apuntadas para las semanas posteriores a su muerte. Era incapaz de averiguar con quién eran las citas, qué tenía que hacer el día en cuestión. La mano le había temblado tanto que la escritura era ilegible. La vida se había esfumado de las letras, ya no tenían validez por su propia fuerza.

Mi madre quería continuar. Aunque ya no pudiera siquiera escribir, había concertado una cita para la semana siguiente y la posterior, a las que acudiría. De esas anotaciones se desprendía la desesperanza que había sabido ocultarnos durante cuatro años, el esfuerzo

casi sobrehumano para agarrarse a la vida con sus manos temblorosas de agotamiento, el temor de que, cuando soltara el bolígrafo, la muerte la alcanzaría y nos abandonaría a nosotros tres.

El pensamiento de que todo esto había sucedido detrás de la doble puerta, de que yo no había podido oírla me resultaba intolerable. Cerré la agenda de golpe y la tiré a la papelera.

Poco después del entierro, papá se marchó de viaje, tenía que ir a Hamburgo por negocios. Ya no teníamos criada día y noche, sólo estaba Jannie, que venía de nueve a cuatro. Así pues, estaba solo con Vincent. Todos los días hacíamos una tarta de manzana y por la noche cenábamos croquetas y compota de manzana, porque es muy sana. Poníamos discos en el salón y bailábamos la «Ploem ploem jenka¹⁴» por toda la casa. Cantábamos las canciones de *Ja Zuster, Nee Zuster* a voz en cuello: «In een rijtuigie...», «Wil u een stekkie, een stekkie, een stekkie¹⁵».

Todos las noches, antes de acostarse, Vincent miraba a través del telescopio nuevo. Pensaba que mamá se lo había regalado para que la contemplara en el cielo. Yo no sabía si debía alentar semejante idea: su búsqueda sería en vano. Prefería leerle en voz alta un fragmento de *Pietje Bell gaat naar Amerika*¹⁶. Nos sentábamos juntos en su cama y Vincent apoyaba la cabeza en mi hombro: «Y entonces dijo Pietje mientras escrutaba el Hudson: la amistad es, con todo, lo

14 «Ploem ploem jenka» es el título de una canción de los años sesenta de Trea Dobbs, con la que se popularizó en los Países Bajos el baile de la yenka.

15 «Wil u een stekkie, een stekkie, een stekkie»: «Desea usted un esqueje, un esqueje, un esqueje», título y comienzo de una de las canciones de la serie *Ja Zuster, Nee Zuster*.

16 *Pietje Bell gaat naar Amerika: Pietje Bell se va a América*, uno de los libros del autor de literatura infantil Chris van Abkoude, publicado en 1929, que tienen como protagonista al personaje Pietje Bell.

más importante». Vincent se había quedado dormido. Lo arropaba estirando la manta hasta su barbilla. Salía de puntillas de la habitación y volvía un vez más la mirada hacia la cabecita de rizos rubios antes de apagar la luz.

«Viudo busca mujer con formación para cuidar de sus hijos de quince y nueve años».

Hubo una avalancha de mujeres con formación después de aquel anuncio en el periódico: mujeres con abrigos de piel, mujeres con minifalda y plataformas, mujeres con pantalones de terciopelo y botas de montar, pero ninguna se quedó mucho tiempo. Una muy joven de ojos oscuros y un profundo escote me agarró de la mano y me preguntó si mi padre llegaría a enamorarse de ella algún día.

Y yo que pensaba que venían por nosotros.

Una mujer ya de cierta edad con traje de chaqueta desapareció en un santiamén, ya la primera tarde, en cuanto mi padre, para leer el periódico, le dio la espalda en el sofá donde ella estaba tomando el té con el meñique enhiesto. Después vino la señora Groen, pero sus resplandecientes zapatitos se mancharon demasiado rápido, a la señorita Slot le entró jaqueca, «llámeme-solo-Els» al cabo de tres días echó de menos a su madre que vivía en Dedemsvaart y la señorita Tuinman sí quería quedarse, pero cuando, pasada la primera semana, mi padre descubrió diez botellas vacías de jerez debajo de su cama, también tuvo que irse.

Finalmente entramos en un período «sin tita». Papá cocinaba el solomillo, yo preparaba la ensalada y Vincent ponía la mesa, más o menos. Seguimos cantando «In een rijtuigie» y bailando la «ploem-ploem jenka».

Un día de 1972, después de un año de la muerte de mamá, papá vino a casa inusualmente pronto del trabajo. Teníamos que ir a recoger

a Vincent al colegio. Llevaba puesto su traje azul oscuro con la más bonita de sus corbatas y un pañuelo a juego. Debajo del brazo llevaba un paquete envuelto con papel blanco y un lazo rojo. ¿Un regalo para Vincent?

Papá aparcó justo delante de la verja del colegio. Yo debía esperar en el coche. Se pasó la palma de la mano por el cabello imaginario y se estiró la corbata. Al poco rato salió Vincent todo contento. Papá volvería enseguida, estaba hablando con la señorita Anna. La señorita era rubia, tenía veintisiete años y le salían hoyitos en las mejillas cuando se reía. Vincent también la había tenido en primero.

Vin y yo esperamos sentados en el asiento trasero del Cadillac. Le pareció que ya empezaba a alargarse, ¿estarían hablando tal vez de sus notas? Pasada media hora salió papá. Ya no tenía el paquete blanco. Se puso al volante con el semblante alegre. Con timidez, Vincent preguntó qué le había dicho la seño.

La seño le había dicho que estaría encantada de ir a cenar con papá el viernes por la noche. Papá encendió el motor. La boca de Vincent se crispó, los ojos se le medio cerraron encogidos y no volvió a decir nada más en todo el día.

Un año después de haber ido al colegio con bombones belgas, mi padre se casó con la maestra de Vincent.

XI

Los ojos me abrasan de tanto mirar. Vincent no me ve, para él soy de cristal, transparente.

Descorro la cortina de la ventana. Se ha levantado la niebla. La ciudad se sumerge en la noche. Veo dos figuras conocidas a la entrada del hospital: una camina decidida, con la espalda muy recta; la otra, de su brazo, tiene dificultades para seguirlo a pesar de sus pasos rápidos.

Le anuncio a Vincent la llegada de papá. Y de Anna. Enciendo la lámpara de la cama y la luz que hay encima del lavabo. Estamos en penumbras, igual que afuera.

El gotero de Vincent borbotea como una poción mágica en el fuego. Desde otra habitación se cuelan algunos ruidos, se oye una conversación amortiguada por las paredes. Distingo las elevaciones del tono, la cadencia, pero no puedo reconstruir lo que se dice. ¿Me oirá Vincent así, con sordina, incomprensible, lejano?

Por el pasillo suena el crujido de los zapatos de cuero de mi padre, oigo su carraspeo, el apresurado repiqueteo de los tacones de Anna.

Papá llama a la puerta abierta. Tanto él como Anna llegan sin aliento. Mi padre lleva su traje oscuro y una corbata de seda, se le ha olvidado el pañuelo a juego. Anna tiene puesto el pantalón que usa cuando trabaja en el jardín y por encima un abrigo que se ha enfundado a la carrera y no combina con el pantalón. Todavía tiene tierra debajo de las uñas.

Va derecha a la cama de Vin y le da un beso. Vincent aparta la mirada de la luz del gotero, sus ojos se revuelven arriba y abajo como los de un animal enjaulado. Después de besar a Vincent, papá me hace una señal. Quiere que le cuente en el pasillo lo que ha dicho el médico. Le hago un informe, pero no es suficiente.

—¿Qué ha dicho el médico en concreto? ¿Qué ha dicho literalmente?

—Que el lunes sabremos más sobre las posibilidades de Vin.

—Y él en particular, ¿qué opina?

—El doctor Beetsma me ha dicho que no puede asegurar nada.

—Entonces ¡debemos conservar la esperanza!

Aquello no era una pregunta, era una orden.

Entramos de nuevo y pongo una silla junto a la cama para mi padre. Anna está al otro lado. Papá coge la mano de Vincent y se la acerca a los labios. Anna se estira por encima de la cama y agarra la mano de mi padre.

La luz del pasillo es más tenue, todas las habitaciones están a oscuras, en la cocina la enfermera de guardia está leyendo una revista de cotilleos. Anna y yo estamos sentados junto a la cama, mi padre se ha ido a descansar. Vincent da vueltas, se remueve, tira del tubo del gotero. Sus ojos no dejan de revolverse de aquí para allá como si rastreara la habitación en busca de algo que lo acosa.

Anna estira la manta.

—Duérmete sin cuidado, Vin. Nosotros estamos contigo. —
Vuelve a sentarse a mi lado.

—¿Es éste de veras el final?

—No lo sé y ni siquiera sé qué esperanzas hay.

—Tal vez sea mejor así. Ya no quiere continuar y puedo entenderlo, no tiene a quién agarrarse para seguir viviendo.

—A mí. Me tiene a mí.

—No es suficiente, Eric.

—Quizá tengas razón. Tampoco yo pensé en Vin en aquella ocasión, cuando él era tan pequeño y me necesitaba.

—Esto debe de ser aún más difícil para ti, ¿no sientes miedo por ti mismo al verlo así?

—Somos diferentes, yo me embucho cada ocho horas mis doscientos miligramos de AZT, él no se toma sus medicinas. Yo me atiborro de lechuga, brotes tiernos y papilla de avena, Vincent se alimenta de chocolatinas y patatas fritas. A las once yo estoy metido en la cama todas las noches, Vincent no se acuesta antes de las tres de la madrugada. Para cuando el AZT deje de ser eficaz, seguro que ya ha salido un nuevo medicamento.

Con cierta frecuencia, pero eso no se lo digo a Anna, hago a escondidas mis cuentas en el margen del periódico o en la servilleta de papel de un café. Igual que un avaro cuenta una y otra vez los céntimos y necesita sentir la dureza de las monedas entre sus dedos, así cuento yo cuántos años me quedan todavía de vida como mínimo. Si en los próximos meses mis T4 bajan hasta aproximarse a cero, lo cual es improbable, entonces podría presentarse la primera infección. La duración media de la vida de alguien con sida es de tres años (en esto me hago algunas trampas: en teoría se puede sobrevivir con sida dieciocho meses, pero hay gente viva que lleva ya con sida cuatro años así que saco una media a bulto). En tres años y medio seguro que han aparecido nuevos fármacos que puedan alargarnos la vida, lo que implica que por lo menos me quedarían cuatro años o incluso cinco.

Este pensamiento me tranquiliza y, cada vez que un análisis de T4 da un buen resultado, el plazo de cinco años se amplía con tres meses. La lista en la agenda de mi padre se hace así cada vez más larga. Incluso, con un poco de suerte, llegará un día en que tenga que empezar una nueva página. Sólo de vez en cuando, en la oscuridad destella un fogonazo que hace que me estremezca. Me veo en una cama hospitalaria de acero, igual que Vincent ahora, en una habitación con fluorescentes, completamente solo. Sin Tom, tener que estar en esa cama fría me parece peor que la muerte.

Vincent emite un gruñido salvaje, de un salto nos levantamos los dos y le cogemos una mano cada uno. Entonces Vin empieza a

respirar con más calma. Nos quedamos así, Anna y yo, hasta que se hace de día y viene el turno de mañana a asear a Vincent.

Debajo del abrigo azul oscuro Marjolein lleva puesto el uniforme: una falda tableada gris, tan larga que le llega hasta las medias por debajo de las rodillas, un chaleco gris y una camisa blanca. Trae una maletita a cuadros y una cartera de cuero. Por la mañana, cuando estaba a punto de salir para el colegio, la ha llamado mi padre e inmediatamente ha cogido el tren hasta aquí.

Anna conduce a Marjolein hasta la cama de Vincent. Se queda blanca al ver a su hermano en semejante estado, con los ojos huidizos abiertos de par en par, pero sin dar muestras de reconocer.

Anna la anima a dar un beso a Vincent. Marjolein se mantiene a cierta distancia de la cama, pero estira el cuello hasta que su boca toca la mejilla de Vincent. Le da un beso muy ligero, con enorme cuidado como si Vin fuera de polvo y pudiera desmoronarse al menor roce. A continuación se quita el abrigo, lo deja en una silla y saca un grueso libro de la cartera. Coloca el libro en una silla que todavía queda libre en un rincón de la habitación y se sienta sobre las rodillas como una monja que estuviera adorando al Sagrado Corazón.

Anna se va a hacer unas compras. Quiere traer algo para alegrar la habitación. Durante un buen rato Marjolein y yo nos quedamos sentados en silencio al lado de Vincent, ella lee y yo observo a Vin, que se lleva una mano temblorosa a la sonda de la nariz.

—¿Qué estás estudiando?

—Latín, la semana que viene tengo un examen.

—¿Puedes concentrarte aquí?

—No, la verdad es que no. —Se ríe con timidez y baja la mirada.

—¿Te va bien en el colegio?

—Sí, muy bien.

—¿Sigues escribiendo poemas?

—Sí.

—¿Ya se los has enseñado a alguien?

—No, nadie debe leerlos, ¡jamás! —Vuelve con violencia la cara hacia el manual y se tapa los oídos con las manos.

Anna trae en cada mano una planta, en la izquierda un ficus y en la derecha una palmerita. «Las plantas aguantan más que las flores», asegura. Las ponemos junto a la cama de Vincent. De una bolsa de plástico, Anna extrae unas cadenetas naranjas y verdes. Con las prisas no ha podido encontrar nada mejor. Las enrollamos en el riel de la cortina de la cama y colocamos las sillas en círculo alrededor de la cama de Vincent. Es como si estuviéramos en un pequeño teatro, en uno de esos donde se representan obras modernas en las que participa el público. Vincent, en su cama alta con las cortinas blancas y el riel adornado, es el escenario; nosotros, los espectadores, esperamos en tensión el momento en que podamos intervenir.

Anna saca de su monedero una foto dentada en blanco y negro y la pincha en la pared junto al gotero. En la foto aparece un bebé, Vincent. Se asoma justo por encima del parque y mira riéndose a papá que, radiante, sostiene en equilibrio una pequeña pelota de goma sobre el dedo índice. Yo no sabía que papá pudiera hacer eso.

Papá ha ido a la tienda que hay en el vestíbulo; se ha hecho con algunas provisiones: los periódicos del sábado, los semanarios y golosinas.

—Igual que antes, papaíto. Vin y yo te acompañábamos los sábados, primero a comprar revistas, luego freesias para mamá y por último a la tienda de chucherías. Creíamos que tenías que ser inmensamente rico porque una vez compraste cuatro Mars y tres Bounty. Y además una bolsa de gominolas. ¿Te comías todo aquello de una sola vez?

—¡Cómo se te ocurre! Me lo administraba a lo largo de la semana, una cosa cada día.

—En la tienda nos dabas a Vincent y a mí la propina, con la que nos comprábamos chicles, Bazooka Joe, unos chicles rosa; el envoltorio tenía por la parte interior un tebeo. ¿Te acuerdas de la señora de la tienda? Cojeaba un poco.

—No, la verdad es que no.

—¿No? ¿De verdad? Renqueaba de una forma muy rara. ¿Lo recuerdas, Vin?

Vin está mirando la luz del gotero. Siento un golpe sordo en la nuca. Dentro de poco no voy a tener a nadie con quien evocar mis recuerdos. Con Vincent desaparecerá una parte del pasado, una parte de mí mismo.

No puedo fiarme de mi propia memoria, funciona de una manera extravagante, inoportuna, selectiva. No tengo ningún control sobre ella. Incluso las imágenes que me propongo fijar terminan por escapárseme. Tal vez por eso me haya hecho fotógrafo. Todas las veces que Vincent y yo hemos estado juntos, que nos hemos sentado en una terraza o nos hemos reído de un juego de palabras, de un acento extraño o de una mujer estrafalaria que pasara por delante. Siempre que nos veíamos ajustaba el objetivo imaginariamente y apretaba el botón. Pero ¿qué conservo ahora de todo aquello? Sólo el que ya nunca deba olvidarlo. Todos los intentos de amarrarlo han servido para dejar el momento completamente en penumbra. Y ¿por qué les faltan partes a algunos recuerdos? ¿Por qué no están enteros?

Como aquella noche de invierno. Yo debía de tener unos ocho años. Afuera estaba oscuro. Vincent ya se había dormido y papá todavía no había llegado a casa. La lámpara del aparador derramaba un resplandor rosado. Mi madre se tumbó en el sofá y se colocó dos cojines debajo de la espalda, estaba cansada. Había llegado la hora en que yo

tenía que subir arriba.

Mientras estaba en la cama, me inundó una profunda compasión hacia ella. Me pareció que mamá estaba tan triste en el sofá que no podía dejarla sola y bajé corriendo para consolarla. Mamá se incorporó sobre los cojines y me aseguró que de ningún modo debía compadecerme de ella. Se le había pasado el cansancio, del todo. Tenía que irme inmediatamente a la cama

El recuerdo es muy cercano. Estoy allí de pie con mi pijama de franela demasiado grande, tengo la mano aún sobre los cojines de lana del sofá. Mamá me rodeó con su brazo y ¿me dio un beso en la frente? ¿Me entra la duda porque no recibí ese beso, cosa que me resultaría demasiado amarga de recordar? ¿O sí que recibí aquel beso y la evocación despertaría una ausencia tan profunda que sería para mí intolerable? ¿Es que mi memoria ha desechado los buenos recuerdos igual que yo, poco después de su muerte, rompí todas las cartas y tarjetas que me había enviado? ¿Son mis recuerdos significativos del sentimiento subyacente de entonces, viñetas que se han convertido en un emblema? ¿O es que el dolor por una madre distante es menos acerado que el que experimentaría por una madre cuyo calor ya no puedo sentir? ¿Estaré seleccionando los recuerdos de modo que se acomoden a la perspectiva de mis pensamientos actuales igual que un dictador reescribe los libros de historia de su país?

También ahora sigo intentando adueñarme de cada segundo. Quiero registrarlo todo dentro de mí: el rostro de Vincent y su brazo con el cardenal del gotero. Veo cómo ronca bajo la colcha. Veo la pared blanca llena de enchufes, la mesilla de acero con un vaso de plástico medio vacío, el libro de Annie M. G. Schmidt y un paquete de pañuelos de papel. Veo las cortinas de un amarillo deslucido delante de la ventana y los tulipanes entre los cristales. Como un pulpo, intento acapararlo todo con mis múltiples brazos, pero al cabo de una hora la mitad ya

se me ha escurrido.

Es igual que el juego ese en que se dejan varios objetos encima de una mesa. El jugador tiene sesenta segundos para mirarlos, luego se cubren con un paño y hay que nombrar todos los posibles. Cierro los ojos: un jarrón con tulipanes, un vaso de plástico, un libro, una colcha deshilachada, el rostro de Vincent... ¿Y qué más? Había por lo menos treinta cosas. ¿Por qué sólo puedo acordarme de unas pocas si las he visto todas? ¿Es que el tiempo no ha sido suficiente? ¿Por qué he perdido ya casi toda mi colección particular de recuerdos de Vincent? Permanecen como trozos de un barco hundido en el fondo de mi memoria enfangada, mi particular Titanic en miniatura.

Papá deja caer el periódico.

—La probabilidad estadística de que haya dos en una familia debe de ser sin duda muy pequeña, ¿cómo es entonces posible?

—No tiene sentido seguir dándole vueltas, Edgar. No se le puede hacer nada.

Papá se queda con la mirada perdida.

—¿Cómo demonios es posible?

Marjolein se ha cambiado. En lugar del uniforme lleva un pantalón estrecho y un jersey en el que se le perfila el pecho. Desde luego ya no es una niña pequeña. Se sienta a mi lado.

—¿Cómo era Vin, Eric?

—No lo sé. A veces creo que lo conozco y entonces, de repente, hace algo inesperado. Es como si siempre ocultara algo, nunca tienes la imagen completa.

—Yo nunca lo llegué a conocer y ahora es demasiado tarde.

Tengo que contarle que también yo estoy infectado. Tengo que contárselo hoy mismo.

—Es curioso cómo de repente te asaltan los recuerdos. ¿Sabes que vuestra madre vino una vez al colegio para decirme que a Vincent le gustaría que yo le diera un beso? No sabía cómo hacerlo, no podía llegar y darle un beso sin más, así que un día le dije que me esperara. Una vez que los demás niños se hubieron ido a casa, le pedí que borrara la pizarra. Lo hizo a conciencia, con movimientos muy solemnes. Tenía que ponerse de puntillas para llegar a la parte superior de la pizarra y cuando hubo llegado al otro extremo se puso de rodillas. Avanzaba poco a poco de arriba abajo hasta que la pizarra estuvo de nuevo negra y él todo cubierto de polvo de tiza. A continuación le di como recompensa un beso. Pero ahora ya no puedo recordar cómo reaccionó al beso.

—Yo sí. En casa, me contó de lo más orgulloso que la seño le había dado un beso. Que hubiese tenido que hacer algo a cambio no lo mencionó y que mamá hubiera ido al colegio no lo sabíamos ninguno de los dos.

—¡Qué valiente tu madre, atreverse a pedir a la señorita que diera un beso a su hijo!

—Tal vez fuera así también, miedosa y, sin embargo, valiente.

—¿Qué pensaría este chico?

—Habla con él, Edgar.

—Pero si no me oye.

—Sí que te oye, no tienes más que hablar con él.

Pero papá vuelve a desaparecer detrás del periódico y Anna humedece los labios reseca de Vincent.

Marjolein ha bajado por café.

—Anna, quiero contárselo.

—Ahora no. La semana que viene tiene un examen.

—Entonces, cuando lo haya hecho. No puedo seguir

engañándola por más tiempo.

Anna suspira:

—En cualquier caso espera a que haya acabado los exámenes finales. Bastante difícil resulta ya con Vincent.

—¿Y qué si se me escapa, si se entera por algún otro?

—Entonces ya veremos. Ahí está.

Mi padre me da el periódico. Ha marcado con una cruz un artículo sobre una nueva medicina contra el sida.

—Quién sabe, lo mismo sale de ésta.

—Papá, aunque salga de ésta, no va a tomarse esa medicina.

—Se la tomará mientras yo esté.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Tapándole la nariz, no le quedará más remedio.

—Edgar, no se puede forzar la voluntad de otro.

—Sí que se puede. Tiene que tomarse las medicinas.

Lo compré ayer. La señora de la tienda me dijo que había tenido suerte, que era el último frasco. En la actualidad ya no hay mucha demanda de Arpège. Lo saco con cuidado de la caja con el dibujo negro. El caballero resulta ser una mujer, el chico una niña. Rocío con un poco de perfume el pijama de Vincent, dos o tres gotas deben ser suficientes para que reconozca el aroma.

Vincent sigue mirando fijamente la luz verde. Papá levanta los ojos del periódico.

—¡Oye, eso era típico de tu madre!

—¡Qué bien huele! ¿Me puedo echar un poco? —pregunta Marjolein. Le pongo una pizca en las muñecas y detrás de las orejas. A continuación le doy el frasco.

—Ya no lo necesito.

—Gracias.

—Marjolein, sabes, te he ocultado algo importante.

Mi padre deja caer el periódico, Anna que está estirando la manta de Vincent se queda helada. Marjolein me mira con unos ojos enormes.

—Sabes... —Inspiro profundamente, el corazón me salta en la garganta.

—Sabes, en cierta ocasión, Vin y yo entramos a hurtadillas en el cuarto de mi madre para coger este perfume.

—Eso no tiene nada de particular. Yo uso el perfume de mamá cada vez que salgo, aunque se enfade, ¿verdad, mamá?

Anna arranca algunas pelusillas de la manta sin responder y mi padre continúa con su lectura.

—Ahora ya no tendré que hacerlo, ya tengo mi propio perfume. ¡Qué detalle! —Marjolein me da un beso en la mejilla.

—Sí, es todo un detalle —añade Anna—, gracias.

XII

Anna observa la mezcla de alimento y antibióticos que de modo ininterrumpido cae de la botella boca abajo para desaparecer en el tubo del gotero, gota tras gota, continuo como un ritmo fijo de jazz.

—¿Te acuerdas de que Vincent ya desde pequeño era incapaz de tragar una aspirina? Ya podía hacer yo lo que quisiera, que no le pasaba por la garganta.

—Es cierto, mira que soy torpe, ¡cómo se me habrá olvidado!

Vincent estaba sentado a la mesa con cara de disgusto. Koosje no le permitía levantarse hasta que no se hubiera tomado la pastilla de aceite de hígado de bacalao, según había ordenado mi madre antes de acostarse.

Koosje le dio a Vincent un vaso de leche, se lo bebió entero de un solo trago y a continuación abrió la boca: la pastilla, redonda y amarilla, seguía pegada a su paladar. Parecía un truco de magia, pero a Koosje no le hizo ninguna gracia. Le gritó que se tragara aquella porquería de inmediato. A Vin le entraron arcadas, los ojos se le llenaron de lágrimas y escupió la pastilla, que se quedó brillando junto a las cortezas de su rebanada de pan, con las cortezas tampoco podía. Durante tres horas Vincent permaneció callado al otro lado del plato. Cuando mamá bajó y vio que la cosa seguía igual, ideó otra solución. Compró aceite de hígado de bacalao y, sin que Vincent se diera cuenta, lo mezclaba con el zumo de naranja recién exprimido que tomábamos todas las tardes en lugar de té.

Por supuesto, también yo podría haber hecho eso. Podría haber procurado que Vincent se tomara el AZT en forma de jarabe, como lo hacen los niños seropositivos. Se le podría haber suministrado el resto de los medicamentos mediante una vía, es así como se las arreglan en el hospital.

—¡Cómo no se me habrá ocurrido! Está claro que no se toma las medicinas porque no puede.

—¿De veras es porque no puede o porque no quiere, Eric?

—Da igual, en cualquier caso yo debería haber pensado en esta posibilidad.

Es como para darse de cabezazos contra la pared.

Vincent intenta toser, pero no lo consigue. Boquea como un pez que se ha caído de la pecera. Anna se levanta como si quisiera animarlo, como cuando en los partidos de hockey se ponía a vitorearlo al pie del campo. Yo también respiro: inspirar, espirar; inspirar, espirar. Intento expulsar mentalmente la mucosidad de sus pulmones. Pero Vincent continúa con su estertor.

Anna propone pedir a la enfermera que le aspiren las flemas. En cuanto llega una enfermera pelirroja con un aparato que se parece un poco a un aspirador doméstico, vuelvo la cabeza.

Anna sigue de pie junto a la cama, Marjolein se sumerge en su libro con la frente arrugada, mi padre está sentado frente a mí con el periódico desplegado. Intento leer los titulares, pero no me entero de nada, sólo veo un escudo de papel, dos manos, cuento ocho dedos, alrededor de la pesada alianza de oro crece una selva de pelillos negros.

La enfermera habla en voz baja con Vincent. La máquina empieza a funcionar; se oye un zumbido y después un sorbeteo. Suena como si alguien le hubiera puesto un saco de arpilleras en la cabeza. ¡Se asfixia! Vincent me llama, pero no me atrevo a acercarme, ni siquiera me atrevo a mirarlo. Deletreo las palabras del periódico, una tras otra: las-negocia-ciones-de-paz-para-Orien-te-Me-dio-estan-cadas-las-negocia-ciones-de-paz-las-negocia-ciones-las-negocia-las-nego...

A continuación se produce un silencio, no se oye sino el roneo del gotero de Vincent y el crujido del periódico de papá.

Anna y la enfermera ayudan a Vincent a recostarse. Anna le

acaricia el brazo, que sigue temblando.

Papá se levanta de un salto.

—Señorita, la botella del alimento está casi vacía. Mi hijo necesita otra.

—Ésta es la última de hoy, señor. Se le suministra medio litro cuatro veces al día.

—Necesita más para ponerse fuerte.

La enfermera observa a papá.

—Quizá sería conveniente que hablase con el doctor Beetsma, creo que está ahora en su despacho. Acompáñeme.

—Con mucho gusto.

Mi padre la sigue.

En el pasillo, papá carraspea. En mi opinión, el carraspeo de papá es un truco para ganar tiempo de modo que pueda ordenar sus ideas, determinar la estrategia y elegir las palabras adecuadas. Su carraspeo es la señal de que va a decir algo importante.

—Según el doctor Beetsma hay una posibilidad teórica de que Vincent salga de ésta. Le he encomendado que haga todo lo posible para salvar a Vincent.

—Edgar, eso no tiene ningún sentido.

—Anna, no digas eso. No puedo olvidarme de vuestra madre, Eric. Los médicos le dieron apenas unas semanas, pero ella aguantó cuatro años enteros en condiciones. Debemos procurar que Vincent se recupere.

—¿Para que dentro de poco vuelva a enfermar de nuevo?

—Mientras hay vida, hay esperanza. Hoy mismo he leído en el periódico que un equipo de la universidad de Harvard ha descubierto una combinación de fármacos que paraliza el virus por completo. Tenemos que intentar que aguante hasta que pueda tomar esas medicinas.

—Edgar, deja a Vincent en paz.

—¿Cómo, demonios, voy a dejar en paz a mi hijo?

Papá atraviesa la habitación y le coge a Vincent la mano.

—Vincent, soy yo, tu padre —grita como si mantuviera una conversación por teléfono con el otro extremo del mundo y la conexión fuera mala.

—Vincent —repite ya más bajo.

Y entonces, de repente, de manera sonora y clara, como si se hubiera restablecido por completo, como si todo hubiera sido un juego, Vincent dice:

—Papá.

A mi padre se le llenan los ojos de lágrimas.

—Sí, Vincent, soy tu padre, para siempre.

Nos sentimos aquí como en casa: la habitación de Vincent con su suave luz es nuestro hogar, el pasillo es la alameda, el rincón del ascensor, en el que hay un banco de escay donde los pacientes se sientan a charlar, es la plaza con su terraza. Bajar para comer en la ruidosa cafetería o para comprar el periódico o chokolatinas nos resulta toda una excursión.

Mi padre y yo damos unos pasos para estirar las piernas. Papá camina con las manos a la espalda, anda de un lado para otro. Carraspea un poco.

—Tu madre nunca llegó a saber lo grave que estaba. No sé si entonces actué bien.

Miro sus hombros ya algo vencidos, me entran ganas de abrazarlo.

—De nuevo me siento impotente a pesar de todo mi dinero. No me importaría desprenderme de él.

—No es así como funciona.

—No puedo hacer nada, eso es lo peor. ¡No puedo hacer nada! Su voz retumba en el pasillo del hospital.

—Lo mejor que puedes hacer por Vincent es dejarle partir.

—¿De verdad lo crees?

—Ya se ha despedido de ti.

Papa asiente. No sé si con ese gesto quiere decir que está de acuerdo conmigo o que piensa que yo renuncio al combate antes de que tenga lugar.

—Ojalá pudiera salir con él un rato. —Por un momento se queda callado—. Y regresar de nuevo, por supuesto.

Llegamos hasta el ascensor y damos la vuelta. De nuevo recorreremos en silencio el largo pasillo hasta la puerta con nuestro nombre.

—¿Vincent no tenía amigos? ¿No hay nadie a quien debemos advertírsele? —pregunta Anna.

—Tiene un amigo, Peter, Peter van Lier. Pero no tengo su número de teléfono.

—Tienes que llamar a ese tal Peter.

—¿Y si Vin no quiere?

—Tienes que dar a ese muchacho la ocasión de despedirse.

—Vin, ¿te parece bien que venga Peter? Cierra los ojos si quieres que venga.

Vincent permanece con la mirada fija en el gotero. Justo cuando voy a darme la vuelta, guiña un poco los ojos. Parece más un movimiento reflejo, como si le hubiera entrado una motita de polvo.

—Ya ves, Eric. Sí que quiere.

Desde el pasillo, marco el número de información. «Hay cinco personas a la espera por delante de usted. Hay tres personas a la espera por delante de usted. Hay una persona a la espera por delante de usted».

Dos minutos más tarde oigo la voz grave de Peter. Le explico la situación, le cuento que Vincent ya no puede hablar de modo que tampoco sabemos si apreciará su visita. Antes de que haya terminado

la frase, Peter me asegura que va a acudir. Si todo se le da bien, llegará en una hora.

Dentro de una hora voy a conocer al amigo secreto de Vincent. Al final resulta que no ha logrado mantenernos separados. En el aseo de caballeros me lavo rápidamente la cara y me paso un peine por el pelo.

XIII

Llaman a la puerta y los cuatro nos damos la vuelta al mismo tiempo. En el vano está un hombre alto y esbelto, de cabello y ojos oscuros, con bigote. Lleva puesto un abrigo azul y una bufanda roja a cuadros. Reconozco la voz del teléfono. Peter nos da la mano a cada uno, sabe quiénes somos incluso antes de habernos presentado. A continuación, se quita el abrigo y se dirige a la cama de Vincent. Le coge la mano a Vin de forma tan natural y tan habitual como si nunca hubiera hecho otra cosa.

Peter habla con la seguridad de que Vincent lo oye. Empieza contándole naderías: el frío que hace afuera, el hielo en el camino que ha provocado que el viaje durase más, un examen que le ha salido bien, los agobios del trabajo y los problemas con su novio que se ha ido a las Canarias unas semanas.

—Vincent, quiero darte las gracias por todos los hermosos momentos que hemos pasado juntos. Aquella vez en Scheveningen, cuando hacía tanto viento y éramos los únicos que paseábamos por la playa. ¿Te acuerdas del día en que estuvimos montando en bici por el brezal? Era mi cumpleaños y me llevaste rosas. Eso fue el año pasado. Rosas blancas de capullo grande y abierto. Duraron dos semanas. ¿Y de la caja de madera que compramos en el mercadillo? ¿Todavía la recuerdas? Hace poco que la he barnizado. La he puesto delante de la ventana, enfrente del sofá, ¿sabes? No voy a olvidar esos agradables momentos, Vin.

¿Es por mi culpa? ¿Es por mi empeño en velar por él como si fuera su madre por lo que Vincent no puede ser mi camarada, mi compañero, mi consejero?

Le ordeno la habitación, le hago la lista de la compra, le pago la suscripción del periódico, le compro un abrigo.

Quiero ser imprescindible para Vincent, ahora me doy cuenta. Imprescindible porque en realidad no puedo prescindir de él. Mientras me necesite, permanece conmigo.

Peter se sienta. Cuenta que, hasta hace un año, Vincent acudía todos los viernes al mediodía a su casa. Vincent le había dicho que andaba mal de dinero y Peter le había propuesto que en compensación le limpiara la casa.

—¿Vincent limpiaba en tu casa? —Anna se pone a dar vueltas a su té enérgicamente—. Y ¿lo hacía bien?

—Era un limpiador de primera. Todo relucía. Luego solía quedarse a pasar la noche.

—¿Vincent te fregaba el retrete a cambio de una noche de compañía?

—Por lo general, no me resultaba fácil echarlo al día siguiente. Lo mejor habría sido que se quedara el fin de semana entero, pero tengo cosas que hacer, estudiar, atender al correo, adelantar trabajo.

Mi padre le pregunta en qué trabaja y Peter explica que tutela a niños que no pueden quedarse con sus padres. Les busca una familia de acogida adecuada.

Peter quiere saber a qué se dedica mi padre exactamente. ¡Semejante pregunta no se le hace a mi padre! No obstante, empieza a hablar con detalle sobre sus proyectos, los edificios de oficinas que compra y vende, las acererías, los intereses en el extranjero, los barcos y los bancos. De repente ya no está sentado a la cama de su hijo enfermo, sino en el entorno donde se siente más a gusto.

A Marjolein Peter le pregunta qué tal le va con el hockey y si sigue ganando premios en las carreras de caballos. A cada pregunta Marjolein se ruboriza.

Después Peter se despide, todavía le queda trabajo.

—Vincent, no sé si nos volveremos a ver, pero pensaré en ti.

—Con delicadeza, Peter le da un beso en la boca.

Lo acompaño hasta el ascensor.

—¿Te habló alguna vez sobre mí?

—Claro, a menudo hablaba de los viajes que hacía con su hermano.

No era eso a lo que me refería.

—Me habría gustado tanto que Vincent le contara a tu padre y a Anna que es gay. Quería ayudarle a reconocer su homosexualidad, ya sabes, a salir del armario. —Pronunciaba «salir del armario» de manera afectada.

—¿Así que Vincent nunca te dijo que mi padre y Anna habían aceptado mi relación con Tom perfectamente? Ser gay no es un tabú en nuestra familia.

—Tal vez sí que fuera un tabú para él.

Le prometo a Peter que le mantendré informado. Me da tres besos y desaparece en el ascensor.

—¡Qué agradable es Peter! ¡Cuánto me alegro de que Vincent haya tenido este amigo! —dice Anna. Mi padre asiente con un gesto de aprobación. Es como si nos sintiéramos reconfortados con efecto retroactivo.

XIV

Los ojos de Vincent están ahora cerrados por primera vez. Los ha cerrado hace un momento cuando Anna empezó a refrescarle la frente con una manopla húmeda. Respira por la boca profundamente y con dificultad. Mi padre está sentado junto a su cama y hace anotaciones en la agenda.

Una enfermera entra con una jeringuilla en la que hay una aguja enorme. ¡No se la irá a clavar a Vin en el brazo! Me levanto. La vacía en el gotero. Mi padre cierra la agenda, aunque deja el índice dentro para marcar la página en la que estaba trabajando.

—¿Es morfina?

La enfermera asiente.

—¿Así que ahora ya no tendrá dolor?

—No, señor. Con la morfina se va a amodorrar aún más.

—Sabe, ya he perdido a mi mujer.

Papá lo dice como si todo el mundo tuviera asignada una cuota de tristeza en su vida y la suya ya estuviera completa. Como si la enfermera fuera a replicar que, en ese caso, se trata de un error: «Vincent, levántate, puedes irte a casa, le toca acostarse a otra persona».

La enfermera apoya un momento su mano en el brazo de papá. Una vez que ha salido, papá vuelve a abrir la agenda y continúa con sus cálculos.

Anna ha acercado su silla a la lamparita de noche de la cama de Vincent. Está haciendo punto.

—¿Qué haces?

—Un gorro a juego con la bufanda de Vincent. Lo empecé el año pasado, pero nunca encontraba el momento de acabarlo. En realidad, ésta es la primera vez que dispongo del tiempo para ponerme

tranquilamente.

—Estamos todos juntos. —Marjolein deja el libro en el regazo. Me doy cuenta de que va por la misma página que ayer—. Papá, mamá, Eric, Vincent y yo. Aunque Vincent no diga nada, al menos está.

—Es curioso. Sabemos que probablemente pronto deje de estar, pero ahora está y es lo único que cuenta —comento. Anna deja de tejer por un instante y mira pensativa a Vincent. En seguida las agujas vuelven a repiquetear de manera imperturbable. Cada golpecito es el eco de una gota del gotero.

El señor gordo chino es el único que sigue sentado en el vestíbulo, como si no se hubiera movido en los dos últimos días. Como una estatua, ha sido nuestro centinela. En la cafetería casi todas las luces están apagadas, van a cerrar dentro de diez minutos, ya sólo queda sopa y algunos bocadillos. Marjolein y yo nos sentamos en una de las mesas de plástico. Las sombrillas resultan ahora más fuera de lugar que de costumbre; en la penumbra el naranja parece casi marrón. Es precisamente la fallida imitación de alegría lo que vuelve tan triste este lugar.

Después de habernos tomado una sopa de tomate y unos bocadillos de queso revenido, Marjolein saca un papel del bolsillo del pantalón. Me pregunta si quiero leer el poema que ha escrito ayer por la noche.

Tiempo imperfecto

Mi hermano
es un puzzle
lleno de huecos.
Tengo algunos trocitos,
pero, por más que

empuje, tire
y apriete,
siguen sin encajar.

Ya es demasiado tarde.
El puzzle será para siempre
un enigma
una representación
inconclusa,
la ocasión
perdida,
la imagen
en pedazos,
mi corazón
roto.

Observo la redondeada letra de chica de la hoja cuadriculada, arrancada sin cuidado de un cuaderno escolar.

¿Cómo voy a defraudar semejante confianza? ¿Cómo voy a dejar sin respuesta esta llamada? ¿Provoco más daño callándome que contándoselo? Pero ¿qué pasaría si se lo dijera ahora y resultara que le sobrepasa?

—No te ha gustado, ¿verdad?

—Al contrario. Me parece precioso. ¿Te ha llevado mucho tiempo?

—No. Me vino tal cual.

—Marjolein, tenemos que hacer juntos los puzzles, el de Vincent y el mío. Te lo prometo.

—Me encantaría. De veras. Me encantaría.

La abrazo fuerte y aprieto mis labios en su frente. De este modo la consuelo y sello mis labios.

Vincent respira ahora de manera irregular, tan pronto jadea como que inhala lentamente, como si se le hubiera olvidado cómo se hace, como si tuviera que pensarse cada acometida de aliento.

—Me gustaría que acabara sin que hubiera sucedido —afirma Marjolein.

—Entiendo lo que pretendes decir. Yo quiero que todo pase rápido y al mismo tiempo quiero que no suceda de ningún modo. Como si dentro de mí hubiera dos personas que desean cosas distintas, dos voces que se contradicen.

—Por eso precisamente está bien que nosotros no podamos decidir —dice Anna.

—Lo único que podemos hacer ahora es esperar —Mi padre ha apartado el periódico. Durante la última hora ni siquiera ha sacado la agenda. Su mano reposa sobre la de Vin.

¿Así es que esto es la sabiduría? Resulta que, a fuerza de caerse y levantarse numerosas veces, uno averigua que la mayoría de los tópicos son verdad.

—Estoy agotado, no puedo más.

—Vete a descansar un rato al apartamento de Vincent, está más cerca que tu hotel. Te avisaremos si hay alguna novedad.

¿Tendría que preguntárselo primero a Vincent? ¿O simplemente se lo digo? Y ¿qué pasa si no le parece bien? No puede oponerse. Voy hasta el estrecho armarito donde está colgado su abrigo y extraigo del bolsillo las llaves de su casa.

—En seguida vuelvo, Vin —le doy un beso por encima de la oreja.

Me apetece llamar a Tom, pero el teléfono está ocupado. Una señora mayor grita por el auricular que ya se pueden ir a descansar tranquilamente porque papaíto está fuera de peligro. Por primera

vez en mi vida me gustaría ser una persona diferente: esa mujer de abrigo morado con un gorro hecho a mano sobre los rizos grises y un sentimiento de alivio en el corazón.

Le explico a Tom que no tengo ni idea de cuánto va a durar esta situación, pero que de momento no tiene sentido que venga. No se queda convencido. ¿No es muy cansado para mí? Le aseguro que ahora mismo me voy a acostar.

De camino al piso de Vincent, que no está ni a diez minutos del hospital, me da por pensar en él y Peter juntos. ¿Cómo sería Vincent con él? Obstinado y caprichoso, cargante y firme en su propósito de no cambiar en absoluto o alegre y fogoso, igual que en nuestros viajes, en los que se regocijaba como un niño durante el vuelo y siempre tenía que sentarse en la ventanilla.

Salían por La Haya, caminaban por las callejuelas de Denneweg y por el desierto Voorhout a las tres de la madrugada. Paseaban juntos por la playa de Scheveningen, Peter con la bufanda de cuadros ondeando al viento y Vincent con el cuello del abrigo levantado, con el rubor del frío en las mejillas. Andaban a buen paso. ¿De qué hablarían? ¿De los hombres con que habían ligado la noche anterior en un bar, de la coliflor y los filetes de cerdo que todavía les faltaban por comprar para la cena, del desacuerdo de Vincent con la actitud de Anna, de los problemas amorosos de Peter? ¿Qué tipo de consejos habría dado Vincent? ¿Habría dicho algo sensato, algo matizado?

¿Se habrían reído mucho juntos? ¿También se sabría de memoria Peter canciones de Annie M. G. Schmidt?

XV

Los periódicos de la semana pasada sobresalen del buzón de Vincent. Al abrirlo, veo el paquete con las fotos de Portugal. El resto del correo consiste en un montón de notificaciones del banco, cartas con el logotipo del hospital, una del médico de cabecera de Vin y un sobre amarillo que abro de inmediato. Es un requerimiento de un agente judicial que actúa en nombre de una tienda de muebles donde Vincent compró el año pasado un sillón; si no paga antes del 15 del corriente mes, emprenderán medidas legales. Quedan por pagar algunos recibos. En los extractos bancarios veo que Vincent tiene más de cuarenta mil florines en su cuenta.

¿Se trata de apatía, de falta de energía a causa de la enfermedad? ¿O deja a propósito que se forme una maraña para que al final alguien tenga que rescatarlo? De pequeño, en la playa, un día se metió en un hoyo profundo que habían excavado los vecinos. No podía salir, pero no se echó a llorar hasta que pasó un buen rato. Entonces yo lo saqué del pozo.

Vin los había contado: el ascensor tarda quince segundos en subir desde la planta baja hasta su apartamento en la planta trigésima si es que no se para entremedias. El ascensor no se para. Entro de puntillas en el piso, como si pudiera despertar a alguien. Siento las ondulaciones del papel pintado mientras busco el interruptor de la luz. La moqueta se estira ligeramente bajo mis zapatos. Durante los últimos meses he estado aquí a menudo, siempre con Vincent, pero sólo ahora me doy cuenta de lo vacío que está el piso.

En medio de la habitación hay un enorme televisor y, justo enfrente, el sillón aún sin pagar. La tela a rayas azules y blancas está llena de manchas. El mando a distancia está en el suelo junto al sillón, como una varita mágica abandonada por las prisas con la que Vincent

podiera transformar el frente nuboso sobre Alemania en el sol sobre la bota de Italia.

La caja de cartón donde venía la televisión, cubierta con un mantel rojo navideño, hace las veces de mesa y una tumbona con cojines es el sofá. Un poco más allá hay una silla plegable para las visitas y una gran lámpara de pie.

En el escritorio desvencijado hay montones de cartas sin abrir. Encima de todo, una lista con números de teléfono: el mío en primer lugar, a continuación el número de Peter y luego el del médico de Vincent.

El mega-mapamundi está en un rincón, nunca llegamos a colgarlo. La cocina está vacía, intacta. Ni siquiera hay un escurrplatos.

El piso tiene el mismo aspecto que en mi imaginación debe de tener el de un refugiado de Eritrea o de Camboya. Gente que ha llegado de repente a un mundo desconocido en el que no fundan una nueva existencia de verdad, pues su estancia es temporal. Por eso no merece la pena colgar un póster o comprar una lámpara de mesa. Más aún, hacer habitable su vivienda supone una derrota, implicaría admitir que su exilio tal vez pudiera prolongarse.

En el dormitorio hay una cama Auping que permite elevar los extremos de la cabeza y de los pies con un botón. Vincent no tiene armarios. Guarda la ropa en los armarios de la cocina entre el escaso menaje. Hay unas toallas en unos contenedores blancos de plástico, con ruedas, semejantes a los que usan los peluqueros para guardar los rulos y los cepillos. En uno de los contenedores inferiores veo unos sobres amarillentos.

Me siento igual que cuando tenía diez años y registraba los cajones del aparador del salón en busca de bombones. Estaban en una caja de porcelana blanca que tenía una tapa decorada con hojitas azules. «Para las visitas», había dicho mi madre, pero casi nunca recibíamos visitas. «Si lo hago rápido y con disimulo», pensaba mientras

me llenaba la boca con un puñado de bombones, «mamá no se dará cuenta». Mi madre siempre se daba cuenta. Las madres tienen un instinto especial para estas cosas, saben exactamente lo que están haciendo sus hijos. A mí me parecía misterioso y a la vez espeluznante. Era como el ojo de Dios, ¡nunca podías escaparte por más que te escondieras! Entonces creía que las madres tenían pechos por eso, que les ardían cuando sus hijos cometían alguna travesura. Con todo, por más que supiera que me iban a pillar, revolví los cajones del aparador. El deseo de chocolate era más fuerte que el miedo al castigo.

Reconozco mi propia escritura, entonces todavía era redonda y floreada, artificiosa. Ahora es afilada, una letra apresurada, difícil de leer. Encuentro seis cartas, cartas que le envié a lo largo de los catorce años que viví en Filipinas. Vincent ha conservado seis de mis cartas, yo ni una de él, lo que me causa cierto desasosiego.

En las cartas le hablo de mis reportajes fotográficos, de la nueva vivienda en la que me he instalado con Tom, de viajes y encuentros. Todas las cartas acaban con las mismas preguntas, ¿qué es de tu vida, Vin?, ¿estás a gusto en Wageningen, Gante, Hilversum, Ámsterdam, Leiden o Róterdam?, ¿tienes amigos?, ¿cómo andas de amores?

Al principio Vin contestaba a mis cartas, pero no a mis preguntas. Escribía por supuesto sobre el tiempo y un nuevo interés, lo oculto: astrología, numerología y parapsicología. Pero cuando yo sacaba el tema de Júpiter y Saturno y sus dones telepáticos, los despachaba como una memez en la que hacía tiempo que ya no creía.

Con el tiempo dejó de responderme. Yo lanzaba las cartas al aire, no tenía constancia siquiera de que las recibiera. «Vincent, ¿dónde has estado?».

La última carta que le envié desde Filipinas era la respuesta a su agradecimiento por haberlo alojado en nuestra casa, en el verano de 1988. Me alegraba de que hubiese estado a gusto, pero era una pena que, debido al calor, se hubiese quedado tan poco. «Por cierto,

¿qué quieres decir con ‘ojalá tuviera yo un Tom?’ Seguro que puedes encontrar a alguien que limpie y cocine por un precio razonable. Voy a pedir a unos amigos en Holanda que me proporcionen información sobre una buena asistenta para ti». En ningún momento se me ocurrió que no apuntara a la solicitud y atenciones de Tom, sino que se refiriera a algo muy distinto: ‘ojalá tuviera yo un novio’. No lo pensé. Como siempre, reaccioné con mi terca manía organizadora y mi asfixiante afán de tutelar. ¿Cuántas otras pistas no me habré saltado?

En el contenedor hay también una tarjeta con la escritura recta de mi padre, como si cada palabra fuera un edificio de sólidos cimientos y con tejado.

«Querido Vincent,
Visto lo complicado que resulta encontrar un regalo adecuado para ti, he dado al banco la orden de ingresar en tu cuenta quinientos florines. Puedes emplear esta suma como mejor te parezca. Felicidades. Tu padre».

Debajo de la tarjeta hay una foto antigua. Una que no conozco. Mamá está en el camino de entrada y sostiene a Vincent en brazos, lo estrecha y mantiene su mejilla apoyada en la de él. Vincent, con el peto rojo y sandalias, mira un poco cohibido, con miedo incluso. Un poco más lejos está mi padre. Lleva un jersey amarillo maíz junto con un pantalón de algodón azul oscuro y tiene puestas unas gafas de sol que le dan el aire de una estrella de cine italiana.

La foto es nueva para mí, pero recuerdo el momento con toda exactitud. Era medio año antes del fallecimiento de mi madre; estaba demasiado cansada para ir con nosotros a Noordwijk en verano. Fuimos con una cuidadora especial, la señorita Van Dam, una mujer áspera a la que no le gustaba la playa porque temía que se le metiera arena en los zapatos de tacón. Nos acompañó papá. La foto está tomada

en el momento de la despedida.

Yo estaba presente y, sin embargo, es como si viera ese momento por primera vez. Así que yo no recuerdo las cosas tal como fueron. Mi padre no siempre llevaba un traje azul.

Me cuesta mucho mirar esta foto. Mamá agarra a Vincent como si nunca más quisiera soltarlo.

¿Qué haría después de habernos dicho adiós con la mano, una vez que el Cadillac hubo desaparecido del todo? Remontaría el camino de entrada con dificultad, como si tuviera una fuerte pendiente. En la puerta de entrada se volvería a mirar un instante, tal vez el coche regresara porque a papá se le hubiera olvidado algo. En ese caso, podría habernos visto de nuevo, la mejilla de Vincent se habría apoyado de nuevo en la suya. Pero no regresamos, ya habríamos salido de la ciudad. Se sentaría un momento en la silla del recibidor para recuperar el aliento. Después cogería su libro del aparador y subiría lentamente las escaleras arriba. Cerraría la doble puerta de su dormitorio, por la costumbre, pues aquella tarde no íbamos a sacarla de su sueño.

¿Ha conservado Vincent esta foto todos estos años? ¿O se la ha enviado una de las tías recientemente?

—¿Sabes que durante mucho tiempo pensé que no estaba muerta?

—Vincent me miró inquisitivo, como si quisiera que le respondiera que, en efecto, todavía vive.

—Es normal, Vin, a mí también me parecía irreal al principio.

Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora mientras escudriñaba los adoquines de la calle mojada.

—Pero durante mucho tiempo creí que volvería.

—¿Cuánto tiempo?

—Años. Hasta los diecisiete o tal vez más. A veces la veía de improviso con su abrigo de piel en la iglesia. O pasaba por la calle. En alguna ocasión la he visto en las escaleras mecánicas de los almacenes

Bijenkorf. Pero siempre desaparece de repente cuando la alcanzo, siempre llego demasiado tarde.

—¿Por qué crees que desaparece?

—Bueno, eso no lo sé. ¡Qué pregunta más tonta! ¡Venga, ya!

De un tirón se sube la cremallera de la cazadora.

Dejo la foto en su sitio y empiezo a desvestirme. Amontono mi ropa en el suelo junto a la pila de camisas y jerseys de Vincent. Son las once. Pongo el despertador a las seis y media y apago la luz. Al taparme con las sábanas, huelo a Vincent, dulce como un bebé recién bañado y, al mismo tiempo, rancio como mantequilla estropeada.

XVI

Suena el teléfono. Por un instante no sé dónde estoy, busco las gafas y miro el despertador, pero antes de descolgar ya sé lo que ocurre. Llamo a un taxi, me visto, me paso el cepillo de Vincent por el pelo y me enjuago la boca, prefiero no usar su cepillo de dientes.

Mi cuerpo sigue una rutina matinal en un momento desacostumbrado. Lleva su propia vida, independiente de mis pensamientos, que bajo ningún concepto quieren manifestarse.

El taxi ya ha llegado. Me pongo el abrigo y palpo el bolsillo para comprobar que las llaves de Vincent siguen ahí, apago la luz y cierro la puerta al salir. En la noche de febrero oigo el runrún del motor diésel y veo la nube que emana de mi boca cuando le indico al conductor la dirección. Me siento delante, aunque habitualmente nunca lo hago. El conductor permanece en silencio, igual que yo.

—A Vin se le corta la respiración, ven rápido.

El resistente cierre metálico de la floristería está echado y la puerta giratoria de la entrada se encuentra cerrada. Aprieto el botón rojo debajo del cual pone «emergencias». Pasa bastante tiempo hasta que se abre la puerta.

El vestíbulo está oscuro, las sombrillas están abatidas y las sillas descansan sobre las mesas.

El enorme reloj pende como una luna llena al fondo del vestíbulo, las manecillas forman una línea recta, un horizonte negro. Sé con exactitud qué recorrido he de hacer cuando salga del ascensor: a la izquierda por el largo pasillo de baldosas y luego a la derecha, casi hasta el final.

Delante de la puerta de la habitación de Vincent está la enfermera pelirroja:

—Lamento comunicarle que mientras venía su hermano ha

fallecido.

—Gracias —respondo por educación.

Mi hermano ha fallecido. Nunca antes había oído esa frase. Suena incomprensible, falsa.

Han retirado las guirnalda de la cama, los tubos y la sonda han desaparecido, también han quitado la bolsa para la orina y el gotero. Por primera vez reina el silencio.

Vincent está incorporado sobre la almohada, tiene las manos cruzadas. Es como si durmiera, un sueño irreal. Está blanco como la nieve, tan pálido que casi emite luz: Venus en una noche clara de invierno. Al acercarme, me doy cuenta de que las comisuras de la boca se le arquean hacia arriba, sonrío con una profunda alegría. Hace mucho tiempo que no veía a Vincent tan tranquilo y relajado.

Le doy un beso en la frente, todavía está caliente. Su cabello todavía huele a Vincent. Le beso los ojos cerrados. Le acaricio las mejillas, la barbilla, la nariz recta. Ya no puede apartarme.

Entonces estalla un dolor angustioso. Se me desgarran el estómago, sin anestesia. La marea lo inunda todo, arrastra la duda, destroza la esperanza. Me fundo con la corriente que mana de mí mismo, me ahogo en ella. Grito, palmoteo con mis manos a diestro y siniestro, busco algo donde agarrarme. Pero ya no hay nada. Con el brazo izquierdo sobre el derecho me balanceo adelante y atrás como si pudiera acunar la pena para que se durmiera.

Anhelo retroceder unas horas: cuando estábamos todos sentados alrededor de la cama de Vincent. Todavía respiraba, con estertores, a duras penas, pero todavía respiraba. No pido nada más, ni que abra los ojos, ni que hable, ni que se mueva, sólo pido que respire de nuevo. Sólo una vez, inspirar y espirar, es todo lo que pido.

Si no se puede rebobinar la película, que al menos se detenga. Que me pueda quedar aquí con Vincent. Para siempre. Apoyo mi

mejilla en la suya. Vincent empieza ya a enfriarse.

El carrito gira inexorablemente, a cada cosa le sigue otra, a cada persona le sigue otra. Ya no hay nadie a la espera por delante de mí. Es mi turno. Pero no quiero todavía, no puedo todavía. De nuevo brota el torrente. No sabía que pudiera llorar así.

Entran mi padre, Anna y Marjolein. Han llamado a las tías. Papá se sienta al otro lado de la cama y apoya la cabeza en las manos de Vincent, como si quisiera recibir su bendición. Lloro, de manera ahogada e interior. Detrás de él cuelga la foto del hombre radiante que sostiene en equilibrio una pequeña pelota de goma para entretener a su hijo, que se ríe dentro del parque.

—¿Cómo ha sucedido, Anna?

—Con serenidad, tranquilamente. Dejé de respirar sin más y entonces se acabó todo.

Justo como debía ser.

Marjolein se me acerca.

—Me alegro tanto de tenerte todavía —dice rodeándome con sus brazos. Con el dorso de la mano roza sus mejillas. Sólo sirve para que se humedezcan más.

La enfermera pelirroja entra junto con otra enfermera a la que nunca he visto antes. Van a amortajar a Vincent.

Qué espantosa palabra, parece un término de contabilidad. Un pellejo con cifras, información que ya no sirve para nada, se arranca del librote y se olvida, va directamente a un archivo muerto.

Mi padre y Anna se van al hotel a dormir un poco antes de que mañana empecemos con los preparativos del entierro. Marjolein y yo nos quedamos, queremos ayudar a lavar a Vincent.

Cojo una manopla y la sumerjo en la palangana con agua que la enfermera ha puesto sobre la mesilla. ¿No está el agua demasiado fría para él?

La enfermera no contesta. Claro, por supuesto. Con todo, me

asombra que Vincent no se estremezca ni dé un respingo cuando le paso la manopla por la piel. Antes era muy friolero en el baño y podía quedarse duro y rígido como ahora. Sin prisas voy desde sus omóplatos hacia abajo, hasta donde empiezan las nalgas, como si estuviera borrando una pizarra. Lavo y lavo y, cuando ya he acabado con los hombros y la espalda, empiezo de nuevo. Para dejarlo limpio, pero sobre todo para poder retenerlo, para poder tocarlo aunque sea con una manopla. Mientras tanto Marjolein le lava los brazos y las axilas, lo hace a conciencia, sacando la punta de la lengua entre los labios. Es la primera vez que Marjolein y yo hacemos algo juntos.

¿Nos estará viendo Vincent? ¿Estará su espíritu flotando por encima de su cuerpo, según piensan los antropósofos? ¿Es ahora el mismo Vincent u otro muy distinto, un Vincent sabio que sonrío al ver el cuidado con que lo estamos lavando entre los cuatro? Alzo un segundo la vista. Sólo veo la luz de noche y el enganche del gotero.

La enfermera le lava también el pene, tira del prepucio hacia atrás y limpia el glande con una toalla. Lo hace con cuidado, pero, aun así, siento en mi propio sexo una sensación desagradable que me hace apretar las piernas una contra otra. La otra enfermera separa ahora las nalgas de Vincent y le pone un corcho en el ano. Explica que a veces sucede que los intestinos siguen funcionando. Me imagino la escena: durante el entierro, la sospecha por el desagradable olor recae sobre todo el mundo excepto sobre el culpable.

Finalmente las enfermeras dejan a Vincent recto, con las manos sobre las sábanas recién puestas. Hemos acabado.

Marjolein hace ademán de irse. Le doy un beso a Vincent en el cuello y le acaricio de nuevo el pelo.

Marjolein le besa la mejilla.

Me propone que mañana busquemos la ropa con la que será enterrado, pero yo ya sé qué debe llevar Vincent: el jersey verde que le compré. Me dio su AZT cuando ya no podía tolerarlo. A cambio debía

comprarle un regalo chulo, me dijo mientras me entregaba disimuladamente las cajitas azules. De cada caja de cuarenta unidades faltaban una o dos cápsulas, como si las hubiera probado, caramelos cuyo sabor le habían decepcionado.

Vincent me dio las pastillas que no podían prolongar su vida, pero sí la mía. En compensación, él recibió el jersey con el que será enterrado dentro de unos días.

Fuera empieza a clarear. Apoyo el brazo en el hombro de Marjolein, ella me pasa el brazo por la cintura y caminamos así hasta el hotel. Alguien que pasara por casualidad pensaría que somos dos enamorados que regresamos de pasar toda la noche de juerga.

—Vincent ha fallecido esta noche a las tres menos veinticinco.

Sigue sonando extraño, como si las palabras Vincent y fallecido no casaran.

—Voy a echarlo de menos —dice Peter tras un breve silencio—, de veras voy a echarlo de menos.

Le explico dónde será el entierro y le doy ánimos.

Nunca ya podré decirle a Vincent que tiene un buen amigo. La extraña palabra está ya sólidamente ligada a él, la combinación ya no varía: Vincent está muerto.

—Tenemos un problema —papá carraspea un poco—. Las tías me han asegurado, cada una por su cuenta, que Vincent quería ser enterrado con su madre. En la tumba, sin embargo, sólo queda espacio para dos personas, para Anna y para mí, a su debido tiempo, claro está.

—Si eso es lo que quería Vincent, así ha de ser. Ya habrá otro sitio para mí —replica Anna.

Parece como si estuvieran discutiendo por dos tumbonas un día de playa. Mi padre no se da por vencido, va con Anna al cementerio en busca de una solución. Resignarse no va con él.

El empleado de la funeraria es un hombre alto y delgado que al terminar cada frase se pasa la lengua por los labios, como si se relamiera con las exequias. Marjolein y yo hemos redactado el texto para los recordatorios de fallecimiento y la esquela: «Con gran dolor para nosotros, tras una terrible enfermedad, nos ha dejado demasiado pronto nuestro querido hijo, hermano y yerno». Lo último se refiere naturalmente a Tom. ¿Tendríamos que poner los nombres uno junto a otro o debajo?

—¿Estas personas, por así decir, están ligadas por lazos matrimoniales?

—No, pero sí estamos muy ligados entre nosotros.

—¿Ante el registro civil? —pregunta inclemente: no se gastan bromas sobre asuntos serios como éstos.

—No.

—Entonces los nombres han de ir uno debajo de otro. Cuando dos personas en un determinado momento están ligadas por lazos matrimoniales —se chupa los labios aún más rápido—, sus nombres han de ir a continuación uno de otro. Si, por así decir, sólo viven juntos, sus nombres han de ir uno debajo del otro. Es así.

Marjolein examina los distintos tipos de letra y estudia los colores para la orla de luto. Se decide por el gris Chanel, que, lo acabo de descubrir, es el color de sus ojos. También tenemos que elegir un ataúd. Los dos sabemos inmediatamente lo que queremos para Vin: un féretro sencillo de madera sin tratar, un ataúd que quedase bien en un interior luminoso y moderno.

Coches de cortejo no queremos y arreglos florales, sólo uno, grande, del que se encarga Anna. «Las flores deben ser rosa», ha pensado, «de modo que Vincent pueda manifestar su homosexualidad».

Una última pregunta: «¿Qué debe servirse con el café tras el pésame en la capilla ardiente, galletas especiadas o bizcocho?» Ni lo uno ni lo otro, queremos tarta de manzana. Con nata, pues a Vincent

le encanta la nata.

Los zapatos de Vincent han desaparecido. En los armarios de la cocina de su piso encontré un pantalón gris y una camisa con una raya verde, casualmente el mismo color del jersey. Pero ¿dónde están los zapatos de Vincent?. El ataúd sólo estará abierto hasta la mitad, pero, aun así, no se le puede enterrar a uno en calcetines. Este asunto me hace pensar en un sueño que tengo de vez en cuando: acudo a visitar a la reina, descalzo. Sólo una vez que ya estoy ante ella, me doy cuenta de que no llevo zapatos y me muero de vergüenza.

—¿De qué talla? —la dependienta me mira los pies.

—No tengo ni idea, son para alguien que en este momento no puede venir en persona.

—Si no le quedan bien, esa persona siempre puede cambiarlos, ¿sabe?

Elijo unos zapatos de ante marrón, de una talla grande y con una gruesa suela de goma, del tipo que Vincent siempre lleva. Llevaba.

La alegre dependienta me desea éxito. Nunca he entendido lo que la gente pretende con esa expresión. ¿Que de pronto a uno le sigan hileras de chicos y chicas o que tu vida de repente transcurra como la seda gracias a los nuevos zapatos con suela de goma? Lo que seguro no quiere decir es que lo entierren guapo.

Papá ha resuelto el problema: esta mañana ha comprado una tumba con espacio para todos nosotros. Hasta Tom podrá ser enterrado en ella y la futura pareja de Marjolein.

De entrada, Vincent será depositado en la tumba de mamá. Después se los trasladará juntos a la tumba donde toda la familia espera descansar en paz. A su debido tiempo, claro está.

Ya no es el príncipe durmiente de hace unos días el que yace en la

capilla ardiente. Vincent parece un maniquí barato: la piel se le ha secado y se le ha cubierto con una capa de polvo, la boca se le ha curvado hacia abajo y las mejillas se le han hundido como si se hubiera desinflado.

Justo cuando los portadores están a punto de cerrar el ataúd, Marjolein, a hurtadillas, deja caer algo dentro.

Mientras la sombra se abate sobre el rostro de Vin, descubro junto a la almohada un papel arrugado, una hoja arrancada de un cuaderno de papel cuadriculado.

Hoy el tiempo es espantoso. Hace viento, las nubes pasan flotando por el cielo a toda prisa por el cielo, el sol se cubre, llueve, reaparece el sol y vuelve a ocultarse. Todo eso en pocos minutos. Parece como si los elementos se hubieran trastornado por la muerte de Vincent. ¿Será la señal que me iba a hacer?

La luz atravesaba las vidrieras de la iglesia: rojo, verde, azul. Por encima de la pila bautismal la madrina sostenía al bebé, que no lloró cuando le cayó el agua fría por la cabeza.

De pantalón largo por primera vez, el comulgante llevaba una pajarita roja a juego con el traje azul oscuro. La llama de su vela titilaba mientras se dirigía con paso solemne hacia el altar. Justo a tiempo, cuando el obispo se disponía a darle su primera forma sagrada, Vin se sacó el pulgar de la boca.

Delante del mismo altar se encuentra ahora el ataúd adornado con un ramo de rosas de color rosa. La madrina se echa a llorar ahogadamente en su pañuelo cuando el coro entona un canto gregoriano. Anna lee una parábola de la Biblia, Marjolein toca una sonata de Bach con el violín y yo leo el texto que he escrito ayer. Mi voz resuena con la última frase al dirigirme directamente a él: «Vincent, ya estás en el inmenso

e intemporal universo que tan irresistiblemente te atraía. Ahora eres libre y, sin embargo, siempre estarás con nosotros». Como si pudiera oírme. La madera del reclinatorio me sigue haciendo daño en las rodillas aunque ya no las lleve desnudas.

Al frente de la multitud, atravesamos juntos los cinco la plaza de la iglesia hacia el Cadillac negro. Mi padre mete un pie en el coche y se gira. ¿Ya estamos todos? Entonces vemos el ataúd con las rosas de color rosa, solo frente al muro de la iglesia mientras el empleado de la funeraria da marcha atrás en el coche para recogerlo. Yo consuelo a papá, Tom me consuela a mí, Anna y Marjolein nos envuelven con sus brazos. Nos quedamos así, como náufragos que se agarran entre sí y que, contra todas las leyes de la naturaleza, se mantienen a flote.

Veo una nube, luego un trozo de cielo azul deslavado. En el momento en que los portadores alzan el ataúd, el sol se refleja en la madera clara. Los sombreros grises se mueven solemnes a un lado y a otro, la grava cruje bajo nuestros zapatos. El féretro se dirige al sitio equivocado, tiene que alejarse del hoyo, salir por la puerta, volver a la ciudad, ir al piso de Vincent. ¡Esto es un error!

Pero no es un error. Depositán el féretro en la tumba: por primera vez en más de veinte años, Vincent y mamá están de nuevo juntos.

Cada uno de nosotros va dejando un tulipán en el ataúd. Peter sostiene el cubo con los tulipanes rosa, se da un aire al vendedor de flores del puesto del hospital, pero sin gorra.

La capilla ardiente es demasiado pequeña para la cantidad de gente que viene a darnos el pésame, la fila llega hasta afuera: amigas de Anna, a las que se les ha corrido el rímel; sollozantes compañeros de Marjolein; mis amigos, preocupados y conmovidos; conocidos de

trabajo de mi padre, que miran incómodos; tías, tíos, primos y primas a los que hace años que Vincent no ve. Entonces una mujer de cabello oscuro y ojos pequeños me coge las manos:

—Ayer vi la esquila en el periódico. ¡Qué pena, este muchacho! ¡Fue un paje tan guapo!

—Y tú fuiste una novia hermosa, Koosje. Me alegro de que hayas venido.

Al tiempo que nosotros nos encaminamos hacia el coche, un nuevo cortejo fúnebre viene a nuestro encuentro. Unas veinte personas marchan detrás del féretro. Entre los allegados, una mujer me resulta conocida, lleva un extraño gorro tejido a mano, pero no la puedo ubicar.

Marjolein y yo saludamos a los asistentes. Me coge del brazo mientras pasamos de una mesa a otra.

—¿Por qué no te quedas unos días con nosotros en verano, después de los exámenes? —Los ojos se le iluminan y sonrío de modo que se le forman hoyuelos en las mejillas.

—Me encantaría.

—Entonces, está decidido.

Echo en falta a alguien. Hasta que caigo en la cuenta de que aquel a quien echo de menos es precisamente el motivo de los bocadillos, la sopa y la tarta de manzana que se está sirviendo.

Todo el mundo ha venido por él, pero él no participa.

—¡Qué rápido ha sucedido todo!

—Dieciocho meses, eso es lo que viene a durar.

—Han sido quince desde el diagnóstico. Si se hubiera tomado las medicinas, si se hubiera mostrado más combativo...

Peter me interrumpe:

—Eso no era lo que quería Vincent. Él no era así.

Intercambiamos nuestras direcciones y le doy mi número de teléfono. Deseo mantener el contacto con él, es una forma de que me quede algo de Vincent. Heredo un amigo suyo.

Ahora estoy solo en la habitación del hotel. Tom ya está abajo con el equipaje, en una hora sale nuestro avión. Me siento ante el pequeño escritorio donde está el teléfono y descuelgo el auricular. Marco el número de Vincent. A sabiendas. Como si nada hubiera pasado e inmediatamente Vin fuera a coger el teléfono y a gritar: «¡Te lo has creído!» ¿Cómo es posible? Lo he tocado cuando ya casi estaba frío, lo he visto en el ataúd, estaba presente cuando cerraron el féretro, he puesto encima un tulipán, un tulipán homosexual. Lo he visto en persona y sin embargo sigo sin estar convencido, sigo deseando oír su voz, aunque sea un segundo.

¡Y oigo su voz!

—Éste es el contestador automático de Vincent Brautichem. En este momento no me encuentro en casa, pero puede dejar su mensaje después de la señal.

Marco de nuevo y cuelgo antes de la señal. Y otra vez y otra vez más. Por fin, después de marcar diez veces y colgar otras tantas, dejo mi mensaje. Mi voz suena ronca, pero decidida cuando le digo a Vincent lo que no he podido decirle en toda su vida.

hannekens@telefonica.net

